

**Moisés  
Zurita**

**Cuando me iba  
de pinta**

Malitzin  
cuento



# **CUANDO ME IBA DE PINTA**

**Moisés Zurita Zafra**

**Ediciones Molino de Letras**  
*Serie Malitzin*  
**México, 2006**

Primera edición en español, 2006

ISBN-968-5855-10-2

D.R. © Moisés Zurita Zafra

D.R. © Molino de Letras

Miguel Negrete 336 L. 15 C. 40, C.P. 56110, Texcoco, Méx.

Tel. 955 03 50

zurit@correo.unam.mx

molino\_de\_letras@yahoo.com.mx

Diseño de interiores: Patricia Castillejos Peral

Corrección de estilo: Amaranta Luna

Diseño de portada: José Luis Delgado

Impreso en México

Printed and made in Mexico

*Para Aura y Tziri  
Gabriela y Reyna  
Diana y Rosario*



*No es la espina quien protege a la rosa  
es su tersura  
su prisa en deshojarse*

\* \* \* \*

*Perder el amor de quien nos ama  
es entrar al espejo miserable de uno mismo  
Encontrar la invisible sed  
en la fresca vasija de barro del que olvida  
Despertar en medio del desastre del alcohol y no ver  
al terrible dios/odiarlo  
Flagelar su corazón  
No importa si el torvo amor nos escucha*

Rolando Rosas Galicia



## El *Coquitox*

*Para Patricia Castillejos*

Llegó a temprana edad a Chapingo, prepúber tal vez, sin bigote, barba o pelo en otro lado que no fuera la cabeza.

En esos días Chapingo era pequeñísimo, sólo estaban algunos de los primeros dormitorios y cual galerones se acomodaban en fila las camas de los pupilos.

Todavía se usaba la levita dicen algunos, otros que no, pero lo que sí es seguro es que el *Coquitox* nunca la usó.

El niño *Coquitox* llegó con una canasta de dulces en la mano, entró por la calzada principal. Hay quienes dicen que llegó caminando, pero otros más que bajó del tren en sus paradas habituales en la estación Chapingo.

Recorría la calzada, en esos tiempos interminable, pasaba por la capilla y los albañiles suspendían su trabajo para sentarse unos minutos a disfrutar de las pepitas, garapiñados, cocadas, higos, calabazates, limones rellenos de coco, tamarindos y dulces de leche que ofrecía el *Coquitox*.

Después seguía su camino por las puertas de los dormitorios hasta llegar a la salida del comedor donde esperaba pacientemente a los estudiantes.

Cuentan que el mismísimo Diego Rivera cansado de contemplar la exquisita desnudez de Tina Modotti, le daba una palmadita en las soberbias nalgas y le decía: un minuto de descanso porque ya llegó el *Coquitox*.

Y por varios minutos se dedicaban a degustar las frutas cristalizadas, tomar el sol, contemplar el cielo y escuchar a las aves que trinaban alegres.

Ahí estaba él, en medio de cal, cemento y colores, contemplando los frescos, apenas dos muros y medio, las mujeres en el fuego eran las que más llamaban su atención; púber, calenturiento, se asombraba de los senos erguidos, los pezoncitos, las piernas, casi a tamaño natural.

Ya estaban los esbirros, el propagandista, el hacendado, el clero, la milicia; pero el *Coquitox*, nada tonto, prefería deleitarse con la mujer naciente, la que surge de una flor, o la otra, la que está en posición de dar a luz...

Poco a poco se acercaban Diego y Tina, maravillados por la concentración del *Coquitox*.

—¿Y bien? —decía Diego— ¿qué te parece?

El *Coquitox* se sonrojaba.

—Me gusta.

Entonces Diego levantaba la bata que apuradamente se había puesto encima la Tinísima, y decía: el original es mejor ¿no crees? El *Coquitox* asentía en silencio.

Se puede tocar, incitaba Diego, mientras pasaba una mano por las nalgas redondas, firmes; ¡a ver, dale tú!

Tímidamente el *Coquitox* acercaba la mano.

Entre risas, Diego preguntaba a todo pulmón, ¿qué, eres el cuarenta y uno o qué? —el *Coquitox* se hacía chiquito— o ¿no te gusta?

El *Coquitox* sólo movía la cabeza afirmativamente pero sin control; entonces Diego le enseñaba: abre la mano, si das nalgada o agarras que la rayita quede en medio, así... ya viste... ahora tú pon la manita...

El *Coquitox* ponía la mano pero cerraba los ojos, temblaba...

De pronto... hora de trabajar, —decía el *Cara de rana*— y empezaba a subir los andamios; el *Coquitox* con los ojos cerrados, parado a un lado del mural en ciernes, todavía sentía en la manita las nalgas un tanto frías pero ricas, deliciosas, de la modelo especial.

Hay también quienes dicen que Marte Rodolfo Gómez, había dado instrucciones precisas para que el *Coquitox* hiciera entrega puntual de una dotación de sus manjares en la dirección y pagaba su cuenta semanalmente.

Iban y venían directores y las entregas del *Coquitox*, inalterables; puntualmente recogía su pago cada sábado.

Una de las ocasiones en que llegó el general Cárdenas, el *Coquitox* se puso en primera línea. Sólo quería ver de cerca al señor presidente, el que había recorrido el país en la guerra y en la paz; ahí estaba paradito a pleno sol, sudando la gota gorda, eso sí, a buen resguardo sus dulces; cuando el general estuvo enfrente del *Coquitox* se le quedó viendo extrañado, éste no es alumno, ¿verdad director?, pero los alumnos empezaron a corear: está en zootecnia, está en zootecnia.

Entre risas, el general le preguntó:

—Y ¿qué traes en tu canasta?

—Dulces, señor presidente.

—Ah, entonces ya tenemos postre, vente con nosotros.

Ese día el *Coquitox* no sólo comió con el general, sino que se terminaron todos sus dulces.

Otros presidentes llegaron: Ávila Camacho, Miguel Alemán, López Mateos; pero éstos ya eran bien estirados y ni por casualidad veían al *Coquitox*.

El que nunca lo dejo de ver, casi casi su compadre, fue Álvaro Carrillo; y no precisamente porque el *Coquitox* agarrara la borrachera siempre, no, sólo de vez en cuando, pero lo que ocurría siempre era que Álvaro, llegada la realidad del nuevo día, se apersonaba con el *Coquitox*.

—Ando bien crudo, préstame cuatro morlacos.

E *ipso facto*, el *Coquitox* cumplía su buena obra del día; sale, nada más porque los crudos son como los santos: redimidos.

Y ahí se iba el andariego, a comprarse sus canelitas o café con piquete, en la entrada, más allá de la terminal del tren.

Una y muchas veces el *Coquitox* sirvió de Celestina, claro, más dulce, llevando y trayendo recaditos entre Álvaro y la hija del direc: que sí, que más tarde, que no la dejan; que ella sí quiere, pero que no puede, y cosas por el estilo. Cuando había manera, recados escritos, cuando no, de viva voz. Álvaro siempre terminaba sus mensajes con: un beso de tu amado.

Cuando el asunto estaba grave, el *Coquitox* acompañaba al trovador, se iban atrás de los gallineros y guitarra en mano le daban duro a la composición.

—¿Cómo ves ésta, *Coquitox*? Hay amores que triunfan y el nuestro triunfó.

—No, yo creo que mejor: hay ausencias que triunfan y la nuestra triunfó, amémonos ahora con la paz que en otro tiempo nos faltó.

—¡Qué bien *Coquitox*, tú si sabes!

Así surgieron *longpleis*, y el éxito; por eso Álvaro no se olvidó nunca del único, el inigualable *Coquitox*.

Claro que hay quienes afirman categóricos que todas las historias del *Coquitox* son apócrifas, que sólo alguien sin quehacer podía inventar todos esos embustes.

Lo único que no ponen en duda son los dulces y la presencia del *Coquitox*.

El *Coquitox*, tal vez contemporáneo del Paréntesis, ocupa un lugar especial en el recuerdo de los chapinguenses. Me parece verlo con su vitrina de dulces, sentado afuera del comedor, con su sombrero de palma y su cigarro sin filtro; a sus noventa y cinco años; delgado pero recio, corrioso; con su cara alargada y sus pómulos sobresalientes; serio, soltando de vez en cuando su voz, lo único que gritaba era: coquitox, coquitox, y después silencio, las voces de los alumnos, sus bromas, sus risas.

Se sabe que en todas las fiestas de fin de cursos eran generosos con él, se le invitaba a comer y a beber, se le subía al estrado, se le ofrecían regalos y se le dejaba ebrio hasta más no poder.

Más bien se le hacía partícipe, no había escarnio ni burla.

Una ocasión le regalaron un carrito de redilas, fue en la tarde, a la hora de la letanía, con San Casmeo como testigo. Los fieles se arremolinaban, ahí estaban los sumos sacerdotes con traje de ocasión, túnicas negras, botas sin espuelas y sus capuchas.

Fumando y tomando ofrecían a San Casmeo sus triunfos, agradecidos le rendían tributo; discursos y discursos en verso, tragos y tragos a boca de botella; el *Coquitox* ungido como padrino, en traje de carácter para la ocasión, vestía una camisa blanca y un pantalón azul.

Fue el que tomó el primer trago y empezó a correr la botella en un vaivén presuroso, no duró mucho pero luego aparecieron otra y otras más.

En medio de la ceremonia, se hizo entrega oficial del obsequio, un carrito de madera, una troka de grandes dimensiones de alrededor de medio metro de ancho por uno de largo y otro de alto, sólo en la caja.

Todos contentos aplaudimos y seguimos la ceremonia hasta el fin, más tarde empezó el baile, pero el *Coquitox* no pudo quedarse, se lo llevaron en su carro, recostado, jalándolo.

Días después reapareció afuera del comedor, su vitrina estaba en la caja de su troka.

—Órale cabrón, ¿ya viste al *Coquitox*?

—No pues sí, con troka nueva y todo.

Sin duda, el *Coquitox* sigue llegando. Nosotros somos los que nos hemos ido.

# No soy pelón, soy de nuevo ingreso

*Para Marco Antonio Anaya Pérez*

## Estudiar para el examen

**A**lguien te dice que existe Chapingo, puede ser un amigo o un familiar, no es suficiente con el promocional de la radio o los carteles que a veces aparecen en la secundaria.

Te dicen que es muy bueno, más allá del comedor, el internado y las becas, su nivel académico es excelente.

Entonces vas por tu ficha, alguien te acompaña, tus familiares o tus amigos de la secun o la prepa; puesto a elegir, uno prefiere ir con sus cuates ¿no? y quieres que Griselda, tu amor platónico, se inscriba y entre contigo; pero no, ella quiere ser maestra.

Te pones a estudiar en serio, como si de veras quisieras ser ingeniero agrónomo especialista en Irrigación; te compras un cuaderno nuevo y sobre la guía de estudios vas revisando los temas; la forras, le pones margen y es tu compañera a la biblioteca los primeros tres días, después dejas de ir tan seguido, a los quince días ya no te acuerdas

dónde dejaste la libreta, ¡claro!, si el examen será en dos meses.

Cuando falta un mes te dices que sería bueno ponerse a estudiar en serio y buscas tu libreta y la guía. No es fácil encontrarla entre tanto cuaderno viejo que no has tirado desde primero de la secun, pero la encuentras.

Cuando faltan quince días crees que ya es hora de tomarlo con calma porque la verdad no sabes mucho y siempre es mejor dar una repasada.

Una semana antes te pones a estudiar otra vez, sabes que siempre es lo mismo, en los exámenes preguntan cosas que uno no sabe.

## **De tén marín**

Es el gran día, te has levantado a las cuatro de la mañana, no te quieres bañar pero tu mamá te obliga. Una camisa y un pantalón planchados te esperan afuera, con el frío de la madrugada; ella misma, tu madre, te arregla el pelo: mamá, ya tengo quince; pero ella parece no escuchar nada.

Llevas tus guías y tu cuaderno, para un último repaso, pero en verdad no alcanzaste a resolver más de la tercera parte; hay cosas que no sabes con qué se comen.

El recorrido es largo, desde las cinco de la mañana un camioncito trompudo que salta como burro, después tres horas de autobús. Afuera de la técnica donde van a aplicar el examen venden unas tortas, ya tienes hambre y dudas en comprarte un jugo o un refresco; tu santa madre precavida te ha enviado unos tacos, al menos no te rugirá la panza.

¡Era cierto!, al examen sólo le falta ladrar, está muy perro, bueno, eso lo aprenderás después, pero sí te lamentas de no haber estudiado más, aunque sea otro poquito, ya no un día completo, tres o dos horas más, pero a conciencia.

Te das cuenta de que ya vienen las respuestas, sólo tienes que escoger la correcta.

Calma, no todo está perdido, primero hay que conservar la cabeza y empiezas a resolver lo que sabes, haces las operaciones que recuerdas, resuelves los problemas como Dios te da a entender.

Resolviste la mitad más uno; un *ojeis* se levanta y entrega su examen, surge una duda inevitable, ¿es un matado o se dio por vencido?; estás a punto de hacer lo mismo, entregar tu examen y salir como salen los matados, viendo desde arriba: *ai se ven, piedras*.

Pero después de todo, qué tanto es tantito y te vas de filo con el lápiz del número dos que compraste en la tienda de don Sera, *cúcara, mácara, títere fue*, se oye de tus labios cuando escoges la última respuesta.

Cuando entregas tu examen sólo quedan seis y no te dan ganas de ver su sufrimiento.

¿Cómo te fue?, te pregunta tu madre; ya lo tienes ensayado: bien, jefa, estuvo papita.

Y te dedicas a disfrutar de tus vacaciones, estás seguro que en el conalep o bachilleres o en el *cebeta*, hay un lugar para ti, eso que ni qué.

### **Que sí, que no, que como chingados no**

Ya sabes que los resultados saldrán en el periódico, pero como muchas otras cosas, el periódico no llega hasta acá, hay que ir a ver si lo tienen en el distrito o la capital.

Cuando falta una semana para que den resultados piensas que, después de todo, mereces una oportunidad ¿no?, porque siendo honestos hay que reconocer algo, siempre te dejas vencer por la güeva, pero burro, lo que se dice asno, jumento o pollino, no lo eres, así que hay que ir a comprar el periódico.

Llegas a la plaza, es domingo, un domingo como todos, con mucha gente; llegas al puesto de la esquina y preguntas, el vendedor te contesta con otra pregunta ¿pus qué chingaos trae el periódico que todo mundo lo pide?, ya no hay.

Quieres darte por vencido; al fin que ni quería, pero piensas en tu madre. Tomas el autobús que te lleva a la capital porque allá el periódico se termina hasta las ocho de la noche, llegas a las seis, es el último, lo abres con desesperación sólo para ver que el único nombre que falta es el tuyo, maldita sea, qué pendejo; algo te oprime el pecho, un nudo en la garganta te ahoga. *Rechales*, Marco y Rafas que también hicieron el examen y van contigo se encogen de hombros y dicen: ya ni pedo, hay que estudiar para el Bacho; tus ojos están rojos, a punto de llorar, te los tallas y sigues caminando, viendo el suelo.

Ya es noche, tu madre te espera con la luz prendida; está segura que su hijito, el aplicado, el que se porta bien, el que no toma ni fuma, el que juega *beis* todos los domingos y básquet los sábados, el que no tiene novia pero le gusta Griselda, la más bonita de la secun, se ha quedado en Chapingo. Cuando entras por la puerta corre y te abraza, ¡felicidades!

No es posible, no puedes decir nada, sólo dejas caer una lágrima.

Con el Marco y el Rafas te pones a estudiar como los enanos trabajan en las minas antes de que llegue Blancanieves, no se quieren quedar fuera del Bacho, una semana, dos, tres; los de Chapingo: Margarita y Rubén se han ido esta semana, su historia es otra. La neta nunca quise irme, dices y te dedicas a disfrutar otras dos semanas de vacaciones.

En esas estás cuando llaman por teléfono. Es jueves por la mañana, por el altavoz de la caseta telefónica sale tu nombre, a ti, que nadie tiene por qué llamarte, que nadie fuera del pueblo sabe que existes; bueno, tu hermano que se fue a

Canadá o tu prima Juanita que está en Óregon, pero ellos nunca te hablarían por teléfono, si ni te mandan cartas.

Pero ahí estás, levantas el teléfono y no sabes qué decir, en una película viste que dicen aló y en las telenovelas dicen bueno, pero ahí, con el teléfono negro en las manos junto a tu oreja, no sabes qué decir, pero lo dices, ¿quién es?

Son Margarita y Rubén, están contentísimos, ha salido una segunda lista de aceptados en Chapingo, son ciento uno y el uno eres tú. No lo puedes creer. Te tienes que presentar el lunes a primera hora, sales corriendo a tu casa, tu madre se va a poner contenta: cómo chingados no.

Nunca te has sentido feliz como ahora.

## **Las Circasianas**

Hasta Marco y Rafas están contentos, tu madre no cabe en sí, tu hermana te dice: hasta que me libré de ti. Con tus cuates te das vuelo esos cuatro días; cada uno vas a ver a Griselda, entre las cinco y las seis, ella es la primera que lo ve, que lo adivina y te dice: entonces vas a ser ingeniero, te vas. Y así es como te das cuenta, algo muy dentro te dice que ella sí quería, que si le hubieras propuesto que fuera tu novia hubiera aceptado y crees que no es tarde el domingo a la seis cuando te despides con un abrazo. No lo sabes todavía, pero perderás varios amores, pensando en que si tú y que si ella, que si se puede juntos.

La maleta está lista, tu madre espera en casa, Margarita —tu hermana— otrora alegre por tu partida, empieza a llorar; afuera el Marco y el Rafas fieles hasta la última vez, aún no lo sabes, pero ésta será la última.

Tu madre llora, no sabes por qué, tú estás contento; mamá —le dices— sólo voy a estudiar un tiempo y regresaré contigo; tu madre contesta sí, pero algo le dice que cuando su hijo salga por esa puerta, no volverá jamás.

Todos te acompañan al crucero, donde estuvo la plaza por la mañana y hasta las seis de la tarde una camioneta de redilas te llevará al distrito; tu madre y tu hermana te abrazan y te besan: cuidas a mamá, le dices a tu hermana, pero no sabes por qué lo has dicho.

Te subes a la camioneta que se empieza a mover, levantas la mano, ellos también; tu madre y tu hermana lloran, Marco y Rafas están sacados de onda, el aire te mueve el pelo y agitas la mano, das un vistazo a todo el pueblo: aquí naciste, aquí aprendiste a leer, aquí te enamoraste por primera vez, aquí tuviste tu primera novia, aunque sólo de a besito; aquí te hubieras hecho hombre, pero ya no, será en otro lado.

Llegas a la TAPO a las cinco, el Méx-*Tex* te lleva por una carretera vacía, luces a lo lejos; en medio de la oscuridad, te quedas dormido, el chofer grita Chapingo y te despiertas. Bajas apresuradamente, de pronto no sabes a dónde ir, pero algunos caminan hacia el poniente; ya hay luz, está amaneciendo; ves la entrada, las rejas y ese edificio con patas. Sigues por la calzada, derecho, hay unas cabezas, quiénes serán, caminas y caminas; piensas que Chapingo está en medio de un bosque, que más allá debe ser inexpugnable. Te acuerdas de tu madre, de tu hermana, de tu casa; en eso vienes pensando cuando te paras de pronto, no es posible te dices, dos mujeres semidesnudas cuchichean, te han visto y se ríen, sus cabellos al aire se mueven, tus ojos se clavan en sus senos, sus pezones; realmente son hermosas. Respiras hondo, la vida es bella, eres afortunado, eres el elegido, el mundo es tuyo y tu felicidad crece.

### **La sangre**

No tienes que formarte en la fila larga, a pleno sol como tus compañeros que salieron en el periódico, aunque eso sí,

tienes que sacar copias y llevar muestras de caca y orina; las radiografías también son indispensables, pero lo que no te gusta es la sangre, no la puedes ver, cada que el color rojo escarlata se presenta sientes un pequeño mareo que se agudiza y puede venir el desvanecimiento.

Estás en el laboratorio y te han puesto la liga en el brazo; ves la aguja, un brillo, un destello salta de la punta; cierras los ojos y sientes el piquete, te duele, pero aprietas la mano y la aflojas, se llena la jeringa. Listo, dice la enfermera, no quieres abrir los ojos, pero al fin lo haces; recoges tus cosas pero la vista vuela, la ves como introduce la sangre en un tubo de ensayo; inmediatamente, desde lo más hondo de tu estómago, algo grita, quiere salir, viene por la garganta, te inclinas en un pequeño bote de basura y *vuelves, guacareas*, sacas el miedo.

Te has puesto pálido y la enfermera te ayuda a sentarte; trae un frasco y te lo pone en la nariz, respiras hondo, quieres salir corriendo, pero vas dando pasitos, te da el aire de la calle, estás en Texcoco. De pronto no sabes para dónde ir, llegaste con un croquis, pero no sabes como regresar; ¿oiga, no sabe dónde salen para Chapingo?, sí, atrás de la catedral, claro, y ¿dónde está la catedral?, entonces te dicen: ve por esta calle tres cuerdas, luego das vuelta a la derecha dos y luego a la izquierda y cruzas el jardín y ya. Ah, gracias.

Es la primera vez que estás en Texcoco, no te gusta, pero ya te gustará, es la nueva casa y algo debe tener ¿no?

## **La tijera**

Te incorporas a un grupo que ya tiene una semana de clases, vas sacado de onda, algunos ya están pelones; los jala en los pasillos de la prepa y los meten a un salón, algunos cierran y no dejan que nadie entre; los maestros no se dan

cuenta, terminan su clase y se van a sus cubículos o de plano salen de la UACH.

Cuando cierran la puerta sientes el miedo, algo se mueve dentro de ti, no hay pedo, te dicen, cada año es lo mismo; y la tijera corta tu cabello, por aquí y por allá, y más acá; ya no hay remedio, te tienes que rapar.

Es la primera vez que te preguntas si estuvo bien venir, la primera es la primera, ya vendrán otras, y llega antes de lo que imaginas. Vas al comedor y la comida es mucha, siempre carne; el primer día la comes así, con hambre, pero después, ya no es lo mismo; la comida de tu mamá era otra y echas de menos la salsa de molcajete, la que hacía tu mamá todos los días, los frijoles de la olla o refritos, el arroz rojo, las habas, los quelites, las tortillas, el café, la canela, el pan, el piloncillo, el olor de la cocina, la sonrisa de tu madre.

Caminas a tu cuarto y te sientes triste. Estás vacío, te ves solo, te sientes solo y un dolorcito sube por la boca del estómago.

Llegas a tu cuarto y te acuestas, a tus quince, dieciséis o diecisiete, eres un niño, pero no quieres serlo, ya creciste te dices, pero la tristeza se pone en tu garganta, un fuerte nudo te aprisiona, no quieres, nunca has querido pero lloras, “a la chingada las lágrimas” —así lo dijo una vez Sabines— y te pones a llorar con ganas.

Entonces llegan más cosas: el recuerdo de tus cuates, las canchas, los cerros, la plaza, la tía Gelas, el Abuelo Nino, Margarita, Marco y el Rafas y gris, gris, Griselda.

*“Me doy cuenta de que me faltas/ y que te busco entre las gentes, en el ruido,/ pero todo es inútil./ Cuando me quedo solo/ me quedo más solo/ solo por todas partes y por ti y por mí.”*, Sabines lo sabía y te había escrito estas líneas, así era él, sabía que el dolor crece y crece, hasta que revienta.

Entonces te dan ganas de tomar el primer autobús para la TAPO y emprender la retirada; no lo sabes, crees que eres el único, pero casi todos tus compañeros se quieren regresar, se sienten solos, así, con esa soledad cabrona que no se quita nunca.

En ese momento abres la lapicera y sacas el *prit*, el *diu-rer*, el sacapuntas y las tijeras; no lo sabes pero das el primer corte a tu cordón imaginario, el que te mantiene unido a tu pueblo como los bebés a su madre, tratas de cortar de una vez pero no se puede, todo es con paciencia y salivita, mucha salivita.

## **En Capilla**

Aprendes nuevas palabras cci (casi casi ingeniero), diez seco, colega, oaxaco, güeva, piedra, el gallo, pistear, tejana, seis seis, global, pre, viáticos, inge, las tejas, texas, título, pelona, pelón, los afectados.

Te ambientas, pero hay algo que no es tuyo, algo que de cierta manera rechazas; entonces te dices, no soy pelón, no quiero ser pelón, nunca seré pelón: soy de nuevo ingreso.

En esas andas, caminando frente al edificio principal, la rectoría. Ves en el extremo oriente una puerta abierta, dentro hay oscuridad, tus pasos te llevan a ver. Como llegaste tarde no te llevaron en grupo a conocerla, entras, la luz interna es débil, poco a poco se acostumbran tus ojos y te quedas perplejo, sin moverte, el color surge de la oscuridad, como el día.

Los campos son fertilizados con los cuerpos de Emiliano Zapata y Otilio Montaña, más allá los caciques y esbirros; el propagandista de la Revolución Mexicana conspira, se organiza, lucha y muere, la revolución triunfante nos da futuro.

Del otro lado la tierra, simbolizada en mujeres desnudas, hermosas, generosas, nos sostienen desde las profundidades, junto con el fuego.

En los techos está la lucha y el encuentro, el campo y la ciudad, los obreros y campesinos.

Te sientas y ves los colores, las texturas, las formas. Todo el mundo está dentro de estas paredes y el techo. Tu espíritu otrora afligido se reconforta, las imágenes de Diego Rivera te levantan.

Aquí vendrás una y otra vez en horas de desaliento, ya lo sabes, has encontrado tu lugar para siempre.

## Cuando el segundo era el primero

*Para Ignacio Trejo Fuentes*

Cuando entré a la prepa cinco me habían tocado las clases a las siete de la mañana; tomaba el pesero en el centro de Tláhuac la bella, el que iba a Taxqueña o a General Anaya por la Del mar; pasando la Hidalgo todo era verde, pasto y vacas, más allá del canal junto al vivero.

El periférico llegaba hasta Cuemanco, enfrente de las instalaciones para canotaje; una callecita venía desde la calzada México-Tulyehualco ahora llamada avenida Tláhuac. El pesero cruzaba lo que ahora es el parque ecológico de Xochimilco, sobre el periférico, pero antes sólo eran campos de cultivo de maíz, hacia los dos lados; era la vía normal, casi todo el viaje era entre plantas.

Pero al poco tiempo empezó a inundarse, así como si nada, empezó a subir el nivel del agua y cubrió la pequeña carpeta asfáltica que salía justo frente a la UAM.

Años después me enteré por un amigo que las inundaciones no fueron casuales, o sea producto de la naturaleza, sino que atrás de todo estaba el propósito de expropiar para venderle a los japoneses; el negocio estuvo muy avanzado, al-

gunos ejidatarios habían cobrado por sus tierras, aunque siempre estaban los que se oponían; total que no se hizo el negocio y los que recibieron dinero se lo gastaron y san se acabó, se quedaron con sus tierras.

Entonces, casi me era imposible llegar a las siete, cuando no llegaba a las siete y media, de plano casi a las ocho. Así, era el primero en llegar a la segunda clase y al final obtuve un bien merecido diez.

Otro que llegaba también a esta hora, pero no porque tuviera que pasar una inundación en balsa, era Lino Quintana. Él venía de Xochimilco, ya se había instalado ahí la prepa uno, pero prefirió anotarse en la cinco y fuimos compañeros de banca y de clases un rato.

A veces llegaban tres o cuatro, pero Lino y yo éramos los regulares, nunca podíamos llegar antes, la batalla era encarnizada por lograr colarse al micro que en esos días venía de Tulye, porque no había base en Tláhuac, aunque con suerte alguno se daba la vuelta enfrente de la Principal y llegaba veinte minutos antes.

El pesero me dejaba sobre la calzada del Hueso, siempre me pareció muy raro este nombre, cruzaba Miramontes y un par de kilómetros hacia Tlalpan aparecía la facultad de Coapa, ésa cuya porra era alfalfa, vacas y caca.

Las primeras semanas era el trajín del camino, solos o en grupo, allá íbamos con nuestros cuadernos y libros auestas, caminito de la escuela; pero de pronto pasaba un camión repleto de estudiantes rumbo a la prepa, de esos de la ahora extinta ruta 100.

Era más frecuente que llegaran de Miramontes, aunque a veces lo hacía por Tlalpan. Pues bien, un grupo de estudiantes, hombres y mujeres, aunque más hombres desde luego, se ponían de acuerdo para “tomar” un camión; la gran mayoría iban a Xochimilco y a esa hora no llevaban

más de diez almas; le hacían la parada al chofer y se subían en bola, dos o tres le decían que nos diera un aventón a la prepa; el chofer siempre se hacía del rogar y al final pedía que se le informara al pasaje; alguno, entonces, se paraba en medio del camión y agradecía al pasaje su comprensión por cinco minutos de retraso; en ese momento el camión estaba hasta la madre y había compañeros que se iban colgados de puertas y ventanas.

Recuerdo que un día el camión se hizo de lado, como si hubiera pasado sobre un tope, pero sólo con una llanta; uno de los compañeros que iba en la puerta trasera se resbaló y cayó debajo del camión, las llantas traseras pasaron sobre él: murió al instante. Todos bajamos y un grupo se arremolinó junto a él, minutos después llegó el maestro Sámano, subdirector del plantel; nosotros nos fuimos caminando, las clases nos esperaban.

Por varios días no se volvió a tomar un camión, pero a la semana, otra vez estábamos planeando tomar uno.

Nuestra maestra de la segunda clase tenía como sesenta años, con el pelo completamente blanco y su voz de brujita, todo el grupo le tenía respeto, era como nuestra abuelita.

Cuando llegábamos siempre estaba ahí, en su salón. Muchas veces, siempre que era el primero en llegar me preguntaba cosas de mi familia, de mis hermanos, de mis compañeros, pero cuando llegaba Lino se dedicaba a lo suyo y nosotros platicábamos sobre cosas banales.

En esos días yo tenía una banda de rock, tocaba el bajo y era la primera voz, íbamos a tocar a donde nos dieran chance, y Lino me preguntaba sobre mi banda y se imaginaba que dábamos conciertos majestuosos donde el auditorio enloquecía con nuestra música, unos covers del Tri, Dugs dugs, el Mastuerzo, Slade, los Doors y hasta los Beatles.

Pero nel, éramos una bandita de *garash*. Aunque nos habían conectado para dar conciertos en los jardines y plazas públicas.

Así empezamos a ser cuates, un día me dijo: te traje esto, te va a gustar; era un libro sobre el Rey Lagarto, *Nadie sale vivo de aquí*; 'stá chido sssssshhh.

Más de una anécdota me fue divertida, como aquella en la que se agarra a madrazo limpio con la bruja cósmica, la bienamada Janis.

A mediodía teníamos algunas horas libres y nos íbamos todos a las tumbas, una explanada tapizada con piedras volcánicas, a tomar el sol. Mi grupo era más bien *light*, porque el Lino se juntaba con los de quinto y sexto, se iban hasta atrás, entre la alberca y el estadio y empezaban a forjar la *mois*; algunas veces me invitó, pero creo que siempre tuve un corazoncito fresa, y no es que nunca le haya puesto Jorge al niño, sólo que prefería de la *golden* de Acapulco o de plano colitas de borrego, de esa que desmenuzas con los dedos.

Una vez invité a Lino a una tocada que dimos en el Baño, el 16 en Tlaltenco; nada más le di las coordenadas y de hecho yo no me acerqué a la prepa, me fui directo al toquín, a mediodía en el estacionamiento, cuando estábamos en la primera rola llegó; y más temprano que tarde se puso pacheco, en primera línea su danza era el ejemplo, bien acá, machín.

Cuando terminó el concierto se me acercó y me propuso ir a tocar a Xochimilco, yo le dije en caliente que sí, y se encargó de todo.

Tres semanas después llegamos a un verdadero hoyo, ya habíamos tocado en alguno parecido, pero ese sí era un hoyo neto; cuando llegamos el personal estaba esperando desde media calle antes, con sus chelas, pomos y un inten-

so olor a *Cannabis* indica de la peor ralea. Los polvos mágicos iban de bote en bote, las grapas y los papeles.

Una vibra intensa se apoderó de mí, Lino era uno de los macizos, ese día no se metió nada.

Días después de ese magno concierto nuestra banda se fracturó, una parte quería tocar de tocho, hasta de José José, pero yo me metí el dedo a la boca y dije guácala de pollo; los duros, los de vena hendrixiana, le dijimos no a esas personas y se lo contamos a quien más confianza le teníamos, o sea a nuestros cuates, ellos dijeron con nosotros quema mucho el sol, mejor que canten una de cri cri, nos desternillamos de risa un rato y le pusimos música de rock a la de la abuelita, *Toma el llavero abuelita y enséñame tu ropero*; la banda se prendía con esa rola, y a ritmo de blues nos echamos la de *Estoy en el rincón de una cantina*, claro justo después de *Oye cantinero, sírveme otra copa por favor*.

Aunque la banda maciza nos seguía, yo fui marcando mi distancia; empecé a leer a *Rius para principiantes* y terminé leyendo *Diarios de motocicleta*, que no habría leído si alguien me hubiera dicho que lo harían película, lo mismo que *La tregua* o *El Coronel no tiene quien le escriba*.

No fue la última vez que vi a Lino, aunque en esos días pensé que sí, sobre todo cuando pasaron dos meses y nada, se había borrado del mapa.

Nadie sabe bien por qué dejé la banda, el rock era la onda, todavía lo es, saco mi lira y me refino una de Trolebús o de Gonzalo o de Cecilia Toussaint, de esas que le dejó cantar a Jaime López.

La neta es que se consiguieron un cantante bien acá, con su melena y sus *yins* de piel, se ostentaba como el Lagarto, y esas sí me parecieron mamadas; entonces les dije a los de la banda o él o yo, y prefirieron su circo los ojetes. Pues píquenselo y cuando graben su disco ni me mencionen; y no lo

hicieron, pero no hubo *pex*, el destino me tenía deparadas cosas grandiosas, al menos eso es lo que yo creía.

En fin, por un tiempo me dediqué a sobármelos; llegaba a la prepa y sin faltar a la segunda, me la pasaba en el sol a eso de las diez y hasta las dos y media, nos íbamos a las canchas de básquet, como cuatro canchas cercadas por una malla ciclónica con dos puertitas peatonales; yo ni jugaba, sólo me iba a sentar con mis cuates, ahí estábamos guardando el lugar, los que sí iban a clase regresaban al salir, casi nadie tenía un horario de corrido, los demás pasábamos el tiempo en la pendeja.

En esas estábamos cuando el Rudy nos dijo: no se muevan cabrones. El Rudy estaba recargado en la malla y veía todas las canchas: sin levantar sus cabezas guárdense sus relojes y su lana. Como quien no quiere la cosa, así, bajita la mano desaparecieron de la vista los relojes, los anillos, las pulseras y los Ray ban de Paz Pablo.

La banda del Segundo había entrado en acción: cerca de quince monos, ojetes hasta la chingada, habían tomado las canchas por asalto, cuatro se habían quedado en cada puerta y el Segundo recorría la periferia de las canchas basculeando a todo mundo, algunos que se dieron cuenta y quisieron salir fueron recibidos en las puertas a madrazos. Aunque tuvieran clase, primero se caían con una corta y luego se iban; en la primera esquina catearon a un cabrón que no quiso soltar el reloj, después de algunas patadas y tirado en el piso levantó el reloj en la mano y lo entregó.

Ya estuvo, dijo el Rudy, no hagan panchos, y llegaron los culeros: qué onda, móchense para una chela ¿no? Todos metimos las manos a las bolsas y sacamos algunos varos. ¡Sssssssssshh!, si no es limosna, putos. Entonces me levanté del piso, porque ahí es más fácil que te chinguen y metí la mano en la otra bolsa, otros cinco varos, me dije.

¡Uyuyuy!, qué milanesas, me dijo uno de ellos palmeándome la espalda, entonces lo vi, era Lino, con una voz más ronca y la mirada un tanto perdida; ¿qué pasó, cabrón, dónde andabas? *Por ai*, caí en el tribilín, no pus no hay purrum, son banda, regrésenles su lana.

El Lino era el número dos de la banda del Segundo, ahí estaban parados frente a mí, con sus playeras negras, pantalones de mezclilla y botas negras de gamuza.

Si tu cuate es banda que se venga con nosotros, dijo el Segundo, entonces se me erizó el pellejo; el más ojete de todos, el jefe, había hablado. El Lino quiso calmarla diciendo que era bajo, que me reventaba las del Rey Lagarto a todas emes; bueno, dijo el Segundo, mañana lo quiero ver en la esquina, y se fueron.

Todos contentos fuimos a echarnos unas tortugas en la Osa menor, la tiendita de la izquierda; cuando nos despedimos me dijeron: qué pedo, ¿mañana vas a ir con esos cabrones? Yo me encogí de hombros y les dije que no sabía, que lo iba a consultar con la almohada, pero me iba sudando y grueso.

Cuando llegué, al otro día, que era viernes, pasé de volada por la esquina, (en esos días ya me apersonaba como a las nueve y media o diez), como no había nadie, me introduje hasta las tumbas donde daba chido el sol, me senté y saqué un tabaco, antes me gustaban más en las noches, pero sabe chido cuando tomas el sol u otra cosa ¿no? En esas estaba cuando llegó el Rudy y Paz Pablo, qué hongo *caon*, ¿no te están esperando en la esquina? Pues que esperen, les dije, sssssh, sólo salió de sus bocas, y órale güey, ya vinieron por ti, cuando vieron a Lino que se acercaba.

Efectivamente, Lino me dijo que el Segundo quería verme y que no le gustaba esperar, yo le dije a mí tampoco; en el camino me dijo que el Segundo nada más quería que lo

acompañáramos y cuando salí, era cierto: ahí estaba un camión con unos veinte cabrones encima, sólo esperando por mí. Son mamadas, me dijo cuando me subí y el camión jaló para Tlalpan.

Alcanzamos un repartidor de la Corona, el camión se paró enfrente, en chinga bajaron quince ojetes y subieron como veinte *six*; el Lino me dio mi chela y dijo: relájate, no pasa nada. Empecé a tomar, pero mi onda era otra, me sentía vigilado, como si algo me fuera a pasar.

El camión se paró frente a una tiendita y en menos que te lo cuento ya tenían arriba el expendedor de los cigarros y el de las sabritas, como va, todos los pinches exhibidores.

Luego un repartidor de coca, uno de pan bimbo y uno de helados; era pararse y sin que les diera tiempo, ya estaban despojados de una parte.

Entonces el Segundo se me acercó y dijo: te toca, lo que quieras es tuyo; yo no sabía qué decir, pensaba en algo y no se me ocurría nada; vi que un cabrón iba por la calle con sus lentes oscuros y dije: unos lentes. El Segundo dijo va, unos lentes, y todos atentos para ver quién llevaba unos lentes, creo que andábamos por el parque hundido, ahí por la periferia, se detuvo el camión se bajaron cinco.

Te están esperando abajo, dijo Lino, bajé y el chavo estaba en medio, no le habían hecho nada, pero estaban alrededor de él; se puso las manos en el cuerpo, no traigo nada, dijo: quítale los lentes, dijo uno y vámonos; cuando se los iba a quitar me di cuenta que no eran Ray ban, eran de aumento, de esos polarizados, entonces les dije que no eran los que quería. Pero el Segundo ya estaba atrás de mí: no sea puto agarre los lentes, dijo y me dio un empujón, así que los tuve que agarrar. Pero no los quiero, dije; entonces tíralos, dijo el Segundo, los dejé caer y el Segundo se paró arriba de ellos, el armazón tronó, pero los cristales volaron

en pedazos. Mis lentes, dijo el chavo y empezó a temblar, cuando el Segundo se hizo para atrás, el chavo se agachó y empezó a juntar los pedazos.

Vámonos, dijo una voz y nos subimos al camión; yo iba erizado, no podía entender nada, esos güeyes riéndose del chavo de los lentes: ¿te fijaste como se agachó por sus lentes? Y risas y más risas.

En esas estábamos cuando alguien dijo: bicicleta, se paró el camión y sin más subieron una bicicleta de carreras, roja.

Pareja, dijo una voz más adelante, el camión se paró junto a una parejita que caminaba sobre la banqueta; agarraron al chavo mientras le metían mano a la chava, por todos lados.

Una calle adelante, dijo el Segundo; el camión arrancó y se paró una cuadra más adelante, los que se habían bajado, venían corriendo para alcanzar el camión.

Otra pareja, dijo el Segundo, el Lino venía sentado, cheleando; si no quieres seguir, nada más te bajas, me dijo.

Se pararon junto a otra pareja, entonces el Segundo me dijo: te toca; me bajé y ya los tenían rodeados; agárrale una teta, dijo el Segundo, puse la mano temblorosamente, agárrala bien, pareces puto, y sobre mi mano puso la suya y empezó a presionar como quien quiere sacar jugo de una media naranja. Quité la mía y me hice a un lado; el silencio fue absoluto y luego el sssshhhhh, tómela.

Nada más una calentadita, dijo el Segundo y me empezaron a madrear, me tiraron al piso y a patadas querían corregirme, pero el Lino ya se había bajado: mi cuate ya se va, dijo, y dejaron de golpearme.

Todos subieron al camión. Me levanté lentamente, una plasta de sangre se había coagulado en mi nariz y la boca; me limpié con las manos, las pasé por mis pantalones y otra vez me froté la cara, ya no había nada, se había secado. Me

pasé las manos entre los cabellos y los jalé hacia atrás, entonces me di cuenta, el camión me estaba esperando.

Respiré profundamente y di un paso, no sabía qué hacer, di otro paso y llegué a la puerta del camión; cuando puse el pie derecho en el escalón un grito eufórico de quienes estaban arriba me hizo levantar la cabeza, este sí es *broder*, dijo el primero, ya pasó, dijo el tercero, me saludaban de mano, me palmeaban al pasar, el Segundo estaba en medio, en una banca para dos, es tu lugar dijo uno, llegué y me senté, el Segundo tomó una cerveza y me la dio, ¿ya estás listo?, dijo, yo guardé silencio, abrí la cerveza y empecé a tomar. Creo que no, volvió a decir el Segundo, no estás listo ni estarás.

Cuando el camión agarró la del Hueso le dije al Segundo que ya estaba listo, que claro que estaba listo y que mi onda era otra; o sea que tu onda es la de David, dijo, y empezó a reír con ganas,

Me bajaron enfrente de la prepa, todavía con el rostro manchado de sangre, pude ver cómo se alejaba el camión, no será la última vez, me dije, y empecé a caminar hacia Miramontes, ante la mirada preocupada y temerosa de los estudiantes, mis compañeros.

## Un día en el Ajusco

*Para José Francisco Conde Ortega*

**E**ran esos días de frío, los primeros de enero. Recuerdo que hubo una gran nevada en el Ajusco. Llegué a la escuela más tarde que de costumbre, los cuates del salón ya se habían organizado, hicieron una vacota y les alcanzó para jamón, queso, jitomates, chiles, sabritas y chescos, hasta se compraron cuatro six, nada más por no dejar.

Si llego diez minutos tarde, ni la cuento, pero así fue, les dije que ahí estaba mi lana, pero dijeron que para los micros, oki doki mandarina, dije y nos fuimos; íbamos por la banqueta sur cuando vimos pasar camiones, uno tras otro, como nueve, en las puertas iban colgados compañeros que gritaban Ajusco directo, Ajusco directo; éramos como treinta: además de la Juana, la Lupe, la Lucía, la Malena, la Pipope y la Ruda, que no faltaban a los convivios y reventones, se habían animado otras ocho compañeras, incluida Aideé, que siempre me había gustado con su pelo negro largo y lacio.

Entonces dijimos: vámonos en un directo, ¿no?, las chicas primero dijeron que no, pero luego cedieron, y nos regresamos las dos cuadras que habíamos caminado.

El primer camión estaba lleno a reventar, en el segundo ya se podía subir, pero escogieron el sexto más bien vacío; cuando llegamos, los cinco de arriba nos dijeron que nos hiciéramos cargo, que ellos se iban en el de atrás; entonces Juan Gabriel y Alejandro, se apoderaron del timón y nosotros nos acomodamos a nuestras anchas.

Todas las cosas las habían comprado en la tienda de la esquina, le dieron una coca de lata al Chof y esperamos a que la caravana iniciara el recorrido.

La Juana y la Lupe pidieron que cantáramos, el Alberto dijo: sí, hay que cantar la del elefante o la del moco, o la del mion, dijo el Pepe Luis, todos empezaron a reír; mejor la de la mosca, dijo la Lupe, esa que se canta con la vocales, una mosca pegada en la pared, y luego ana masca pagada an la parad, y luego con *e* y hasta la *u*.

Ya habíamos cruzado el pueblo de Tlalpan e iniciaba el ascenso cuando el canto colectivo se apagó y entonces empezamos a platicar en grupos; yo me había sentado atrás de Aideé y le estaba preguntando por qué no quería salir con nosotros, ella dijo que la regañaban en su casa si llegaba tarde, que sus papás no querían que le pasara nada, yo le dije que entre nosotros éramos como hermanos que nadie se pasaba de lanza así, nomás porque sí.

En esas andaba cuando empezamos a ver los primeros copos de nieve en el paisaje; faltaba una hora para el mediodía, el sol estaba en su punto, ya no hacía tanto frío, queríamos bajarnos porque entonces el camión empezó a ir a vuelta de rueda; la fila interminable de autos no dejaba pasar; casi en silencio transcurrió una hora antes de que el camión se orillara y pudiéramos bajar jubilosos.

Sobre la libre a Cuernavaca, los autos se habían orillado en kilómetros y kilómetros, y seguían llegando más; los nueve autobuses de la prepa ahora eran como veinte, al menos los que se podían contar. Caminamos sobre la nieve, luego corrimos, aventándonos bolas, duras a veces; a unos doscientos metros una pequeña pendiente nos invitaba a subir, la mayoría bajamos empapados y enlodados, temblando; pero el sol era benigno, en su punto: empezaba a secar la ropa.

Estuvimos contando chistes, jugando a la botella y pensando que podríamos hacer una excursión al Rollo o a Temixco, antes de comer, casi a las tres de la tarde.

Aideé y las demás ya se querían ir, tenían que llegar antes de las cuatro, y empezaron a pedir que nos apuráramos, pero no les hacían caso; yo me uní a ellas porque no quería que Aideé se preocupara y poco a poco decidimos regresar.

Tomamos nuestras cosas y nos dirigimos hacia el camión, otros grupos se aventaban nieve, familias enteras: ancianos, niños, niñas y los otros, era una verbena; unos metros antes del camión otro grupo estaba tomándose unas chelas, creo que eran de la prepa, cuando pasamos junto a ellos Juan Gabriel no se quedó con las ganas y dijo: ay, miren, una guitarra; estaba recostada sobre una chamarra y el reflejo del sol me deslumbraba; si quieres échate unas, dijo uno de ellos, todos empezamos a gritar Juanga, Juanga y se hizo un mano a mano con los que estaban ahí, pero Aideé ya estaba desesperada y les tuvimos que dar las gracias.

El chofer se había quedado en el camión y se estaba echando una pestaña cuando llegamos, uy, ni aguantan nada, dijo cuando subimos todos.

Es que a las chavas las regañan dijo el Alejandro e iniciamos el descenso, una larga fila seguía esperando llegar a la nieve y ya eran las cuatro y media.

Ya no cantamos, algunos empezaron a quedarse dormidos, las caras largas de preocupación ya no dejaban lugar para otra cosa.

Justo antes de entrar al pueblo de Tlalpan, una sirena se nos emparejó: oríllese a la orilla, dijo el oficial. En medio minuto ya había como seis patrullas y un camión de granaderos, el Juanga y Alejandro quisieron negociar con la primera patrulla, pero cuando bajaron los tiraron al piso con las manos en la cabeza, entonces el chof cerró las puertas; nos paramos y alguien dijo que se jalara, pero no íbamos a dejar a nuestros cuates ahí; qué hacemos dijeron la Lupe y la Juana; Aideé y las demás estaban temblando, empezaron a llorar; los granaderos se apostaron en las puertas con sus toletes y el jefe le hablaba al chofer por su ventanilla: abre ya, hijo de la verga. Ellos no han hecho nada, sólo fueron al Ajusco. Abre o te va a cargar tu puta madre En esas estaban cuando los granaderos abrieron la puerta de atrás, pasamos a todas las chavas hacia adelante y nos pusimos frente a los granaderos. A madrazo limpio nos fueron sacando. Ustedes también jijas de la chingada; a ellas no les dieron macanazos, con la mano las nalgueaban o les golpeaban las piernas.

Abajo nos acostaron a todos con las manos en la cabeza; con la verga, el coño, la puta madre y el pendejo, en la boca, nos fueron levantando uno a uno; atrás de nuestro camión estaba parado otro, pero de la policía, con sus ventanas de metal; nos empezaron subir en fila y con las macanas nos doblaban las piernas, teníamos los ojos rojos y temblábamos.

Media hora en el camión, sin luz, pero con las sirenas a todo lo alto, nos llevaron a los separos de Tlaxcoaque; alguna vez habíamos ido por uno de nuestros cuates, cuando rompimos el parabrisas del BMW y los guaruras sólo pu-

dieron agarrar a tres, el recuerdo de su historia me estremeció.

Entre macanazos y putas madres bajamos del camión; nos fueron conduciendo hasta el sótano; hasta aquí llegaron pinches estudiantitos de mierda, dijo una voz y entonces sí sentí el madrazo en la cabeza; ya no había luz pero la oscuridad fue absoluta cuando volví a abrir los ojos; levántate, cabrón, decía la voz de Juanga; un torrente de agua fría me despertó del todo, la cabeza me dolía, y una gran bola se me había levantado del lado derecho.

Entonces pensé en Aideé, a todas las desnudaron, las hicieron caminar en círculos, hacer sentadillas, levantar las manos, agacharse, una intensa luz les impedía ver más allá de sus manos.

Aunque había un muro pudimos escuchar sus gritos; nos las vamos a coger a todas, putos, dijo una voz y un nuevo madrazo me fue sentando poco a poco.

A las once de la noche nos empezaron a sacar, algunos padres habían dado una buena lana, los míos no se enteraron.

Afuera nos abrazamos todos, otras lágrimas salieron de mis ojos; con el Alejandro y el Pepe Luis caminamos hacia el metro, lo único que teníamos completo era el silencio.

## El maestro Mestli

*Para Eusebio Ruvalcaba*

**N**a nos habían dicho que el maestro Mestli tenía unas costumbres impropias; que, con él, ninguna chica guapa tenía riesgo de reprobar, vaya, ninguna chica, aunque no estuviera guapa; que de alguna forma se las arreglaba para ponerles nueve nueve o diez; pero una no sabe más, casi nadie te cuenta cómo se hacen las cosas, tienes que imaginarlo y francamente no es suficiente con escuchar.

Lo cierto es que parece un buen tipo, no es como esos maestros que te ponen tareas interminables, que cada clase te dejan ejercicios, que tienes que traer tu cuaderno y en cada ejercicio le tienes que poner tu nombre porque luego creen que el cuaderno no es tuyo; o esos otros que nos dejan leer libros enteros y luego quieren que hagamos reseñas de veinticinco páginas y en sólo quince días, cómo si estuviéramos sólo para su materia, o aquellos otros que quieren tenernos todo el tiempo en el laboratorio y cuando dicen: *a ver, muchachos, tomen su tubo de ensayo*, una espera que sea como en el comercial y sacar un tubo; pero nada, siem-

pre es con el tubo de ensayo, el mechero buncen, el matraz balón o la destiladora.

Te digo que parece un buen tipo, en primer lugar nos dijo: muchachos, yo sé que ustedes tienen mucho trabajo, por eso vamos a tener más tiempo entre semana, no se preocupen que mi clase no es para matarse, bueno, algo tenemos que hacer, pero no se preocupen.

Por eso nos cambió las tres clases de hora y media a la semana por una clase los sábados; es cierto que el primer sábado no llegó, y que nos encontramos con los otros dos grupos a los que les debe dar clase, ahí, en el auditorio, viéndonos la cara unos a otros; lo estuvimos esperando otra media hora el segundo sábado, pero el tercero nos dijo que no había problema que todas las clases se iban a reponer, de hecho ni siquiera era necesario tener las cuatro horas y media que nos corresponde por semana, que con dos, bien trabajadas, era suficiente.

Se llevaba bien con los muchachos y no se diga con nosotras, al final de la clase siempre invitaba a alguna a su oficina, la que está en el último edificio, que da para el campo de fútbol. Cuando invitó a Anastasia, ella me pidió que la acompañara y la acompañé, pero cuando llegamos el maestro me dijo: tú nos esperas un ratito, es que tengo un lugar pequeño; yo me quedé viendo el campo, me decía que no se veía bien un campo vacío, más allá las canchas de básquet, pero tienen cerrado los fines de semana, dicen que le dan mantenimiento, pero no vi a nadie que estuviera regando o haciendo otra cosa.

En esas estaba cuando oí un ruido en la oficina del maestro Mestli; acerqué la oreja a la puerta pero no se oía bien, como si tuvieran encendida una centrifugadora, aunque también había puesto su música y se oía esa de los Ángeles Negros que le gusta tanto a mi padre, *déjenme si*

*estoy llorando*, o algo así; iba a preguntarle a Anastasia si estaba bien, pero como no se oían voces, me dije si hubiera un problema ella diría algo.

Entonces saqué el libro que nos habían dejado leer, para no dejar el tiempo así, era ese que había prohibido el señor Abascal; yo me había quedado en que el historiador con el anuncio del periódico en la mano, estaba en la casa de Consuelo y ella le preguntaba no sé qué, o ya lo había contratado y lo puso a trabajar; pues me puse a leer cuando sale la sobrina guapa y están prácticamente solos en esa casa y empiezan hacer como que no pasa nada, pero sí pasa.

En esas estaba cuando apareció Anastasia un poco roja y se paró frente a mí agarrando su mochila con las dos manos, abrazándola; entonces se asomó el maestro y me dijo: a ver, Maria Luisa, pásale; pero Anastasia contestó: no, ella no quiere pasar, y yo me le quedé viendo, así paradita sin moverse, y con la cara en silencio le hacía ¿qué?, ¿qué?, pero no habló para nada, agachó los ojos; entonces yo pasé, ¿cierro la puerta? –le pregunté–, pero él sólo sonrió: como quieras, dijo y yo la cerré.

Entonces se acercó, me acarició el cabello y los hombros, se había parado atrás de mí; cada vez más lindas, dijo, pero dos ya no es posible; yo no sabía de qué estaba hablando, pero no le quise preguntar; después se sentó en el escritorio, enfrente de mí, me agarró las manos; qué suaves, dijo y me levantó. Cuando termine la clase del siguiente sábado, vienes conmigo, tengo algo que mostrarte, pero no le digas a nadie que te acompañe, que tal si nos tardamos. ¿En qué, maestro?, le pregunté. En explicarte, me dijo, son como clases extras o asesorías.

Cuando salimos ya no estaba Anastasia, no nos habíamos tardado ni cinco minutos y ya se había ido; ya ves, me dijo el maestro, si te esperan afuera se aburren.

El lunes le pregunté a Anastasia que por qué no me había esperado, se puso roja y dijo que ya era tarde, que la esperaban en su casa y que si se demoraba más la iban a regañar; le dije que no me había tardado, que el maestro me dejó salir en cinco minutos, ¿tan poquito?, dijo; conmigo se tardó casi media hora. ¿Qué hicieron?, ¿qué te enseñó?; Anastasia se puso roja: nada, lo mismo que a ti; a mí no me enseñó nada, me dijo que el otro sábado. No volvimos a hablar del asunto.

Pero el otro sábado, el maestro no fue, ni el siguiente y al tercer sábado invitó a su oficina a una del nueve; yo no dije nada, habíamos quedado con Juan y Manuel en ir a tomar un helado.

Anastasia no quería, pero la convencí, le dije que qué tanto es tantito, que un helado y ya.

Yo creo que tuvimos unas cinco clases; cuando faltaban tres semanas para terminar el semestre llegó con una lista de calificaciones, no sé de dónde las sacó, Anastasia tenía diez, los demás tenían ocho o siete, Margarita y Alejandra del nueve también tenían diez y Guillermina del trece también; los demás con calificación aprobatoria entre siete y ocho; de los tres grupos, cuarenta no teníamos calificación. Los demás pueden irse, se quedan los que tienen que trabajar extra.

Éramos como quince compañeras, seis del trece, cuatro del nueve, y Rosario, Betzalel, Ana María, Julia y yo.

Pero otra vez nos dijo: no se preocupen, vamos a hacer un examen global, facilito, de todos modos van a pasar; algunos ya no estuvieron de acuerdo, se enojaron y dijeron que no nos había dado clase, pero les dijo que con las clases que había dado era suficiente; que, después de todo, nadie se había quejado antes por las clases, y era cierto, casi todos decíamos qué chido y nos íbamos por ahí un rato.

Entonces nos dijo: voy a estar en mi oficina, tales días a tales horas, pero vayan de uno en uno, porque así nos ponemos más rápido de acuerdo.

Entonces fui a verlo tres veces pero nunca lo encontré; en una de esas me encontré a Huitsi en la salida y me preguntó: ¿ya fuiste a ver al maestro Mestli?; sí, pero no lo encuentro; me dijo, yo acabo de hablar con él. ¿Qué te dijo?, le pregunté. Nada, que si le presentaba a una amiga me pasaba, entonces pensé en mi prima, ella me debe varias, casi siempre que se va con su galán dice que pasa la noche en mi casa. Me dio risa y lo fui a buscar pero ya no lo encontré.

Cuando llegamos al examen global ya no estábamos cuarenta, sino quince, tampoco estaba Huitsi; entonces me empecé a preocupar, y más cuando vi el examen, estaba perrísimo, no contesté ni la mitad.

Todos comenzaron a protestar. No es posible, no vimos nada de esto en el curso. Entonces él dijo, el examen es el examen, el curso ya se acabó, pero nada está perdido, vamos a arreglar caso por caso. No, queremos que se arregle lo de todos, dijeron los del nueve. Pues yo les ofrezco que los puedo recibir de a uno en uno, en mis horarios.

Cuando llegué a su oficina, iba saliendo Araceli, la del nueve, muy enojada; entonces le pregunté:

—¿Qué pasó?, ¿no se resolvió?

Pero ella muy molesta:

—Si lo hubieras oído: *si tú quieres, puedes sacar diez*; yo le dije que quería un examen justo, no quería el diez.

—Y ¿qué te dijo él?

—Que lo tomara con calma, que no hiciera algo que me fuera a perjudicar, que faltaban unos días para reportar calificaciones, que lo pensara, que él estaba dispuesto a escucharnos.

—Pues yo apenas vengo —le dije.

—Pues a ver qué te dice —y se fue.

Yo me quedé en el pasillo un rato, pensando, ¿entro o no entro?; ya me estaba imaginando, lo que pasa es que uno como que no quiere creer lo que ven sus ojos; entonces pensé que si reprobaba iba a ser más difícil, sobre todo porque en esta escuela no es como en las prepas de la UNAM o las vocacionales del Politécnico, donde puedes hacer varios extras y títulos, aquí sólo puedes hacer siete o cinco.

En esas estaba cuando el maestro salió: ¿A poco me estás esperando?, pásale, ¿si no tocas cómo me doy cuenta que estás aquí?

Y pasé, un poco temerosa. Ya habías estado aquí ¿no?, en mi oficina, ¿cuándo fue eso?; se levantó y puso el seguro de la puerta.

Regresó a sentarse en el escritorio, enfrente de mí; a ver, dime, ¿en qué te puedo ayudar?, dijo mientras tomaba mi mano derecha. Es que hice el global. Entonces besó mi mano y dijo, si tú quieres puedes sacar diez. Yo sólo agaché la cara, entonces él me levantó y me agarró de la cintura. No te preocupes, todo va a salir bien, me acarició el pelo, lo levantó y me dio un beso en el cuello, mordisqueó la oreja. Me estremecí, temblaba, mi cabeza se puso en blanco, todos los pensamientos se fueron; él besaba mi cuello y acariciaba mis bubis sobre la blusa: duras, pequeñas. Poco a poco fue quitando los botones; su boca, golosa, no se apartaba de mi piel. Abrió mi blusa y levantó el bra, sus dos manos frotaban mis bubis, luego su boca bajó por el cuello y las empezó a chupar suave, deliciosamente.

Su mano subió bajo mi falda y empezó a acariciarme sobre la panty; yo estaba sin moverme, sin pensar nada; poco a poco empezó a bajar la panty, con una mano levantó el muslo y con la otra la quitó, luego el otro muslo; dejó de chupar y caminó alrededor de su escritorio, abrió un cajón

y sacó un preservativo; yo lo veía paralizada, completamente inmóvil, no pensaba nada, sólo veía; se acercó nuevamente y empezó a desabrocharse el pantalón, se lo bajó ligeramente, también su trufa; sacó su verga, grande, oscura, casi morada y pude ver que tenía unas canas, jamás pensé que tuvieran canas ahí, yo creí que sólo salían en la cabeza.

Se puso el condón y se sentó en la silla donde yo estaba sentada antes, me jaló hacia él y me hizo abrir las piernas; entonces empecé a sentir más miedo porque nunca lo había hecho. Quiso levantar mi falda para verme pero le dije no, no, eso no; entonces él, debajo de la falda, tocó mis vellitos, mi vagina húmeda, caliente; acomodó la punta gruesa y poco a poco empecé a sentir como me penetraba, mientras me agarraba de las nalgas fuertemente. Un intenso dolor me hizo gritar, pero él ya tenía su mano puesta en mi boca, el grito casi fue inaudible; después el ruido del rechinar de la silla, de un lado a otro, chirrín, chirrín chirrín...

Cuando me levantó, vio un hilito de sangre, se asustó un poco; no me digas que era tu primera vez, yo sólo agaché la cabeza, me dio un *klinex*; él se subió el pantalón rápidamente y abrió la puerta, se asomó, no había nadie afuera. Me fui caminando lentamente, a pasitos; sentía algo sucio en mi cuello, mis orejas, mis bubis, mi sexo.

La siguiente semana me enteré que los del nueve lo habían demandado, no sólo por no dar el curso, sino por acoso sexual; a mí me preguntaron que si quería declarar, pero guardé silencio: aunque me sentía sin valor, sucia, tenía mi diez en el examen global.

Ellos han ido al consejo técnico, al directivo y dicen que van a anular el curso, que no importa que algunos hayan sacado diez.

Yo no digo nada, desde ese día no hablo con nadie y cuando Anastasia me pregunta que qué me pasa, siento un nudo en la garganta y esa mancha en el cuello, las orejas, el cuerpo; yo sólo quiero que termine, que de una vez por todas acabe esta zozobra.

## Yo sí le pasé

*Para Rolando Rosas Galicia*

**D**ebió de haber sido Francisco Y. Madero, que en ese tiempo iba en su grupo, una tarde de juerga con el calorcito de las copas nos dijo: a la Margarita yo sí le pasé; así era Pancho, francote, y le encantaba que le dijéramos y Madero, aunque su Y era de Yánez.

Nada del otro mundo, ni para qué sorprenderse, sólo que la Margarita era más bien Margarito, que así decía su credencial y contestaba presente con el pase de lista.

El tal Madero contaba que en un viaje de estudios, al final, en esos días libres en que uno se puede ir de parranda, se fueron con Márgaro; ya entrada la noche y con una buena cantidad de chelas, varios ya habían agarrado pareja, menos él; y pasaron las horas y seguían solos y así empezó todo.

Pero nada más fue una vez —decía— y ya se había operado.

Márgaro era sensual, le gustaba usar pantalón de mezclilla y camisas entalladas, dejaba un par de botones libres, los de arriba, como si fuera un escote, sus senos, que se veían

durísimos, resaltaban en la camisa, se veían sabrosos como duraznos o melocotones.

Le gustaba mostrarse, muy pulcro, refinado; nada que ver con el puto vulgar, amanerado en exceso y pintarrajeado a más no poder.

Márgaro era guapo, delgado, tenía el pelo corto y se lo teñía de un amarillo o rubio discreto, lejos de las güeras oxigenadas; no recuerdo bien si usaba aretes, pero en todo caso serían pequeños, nada ostentosos.

Se paseaba por la calzada y era imposible que las miradas no se posaran en él, nunca faltaba quién dijera: ya vieron a Márgaro; y todos los ojos lo seguían hasta que se perdía dando la vuelta o entre la gente.

Tenía una voz de diva, cachonda, como si cantara mucho; hablaba sin acento, claro, libre, suave.

Cuando lo vi por primera vez, me gustó; esa chava tiene algo, un no sé qué, me dije; no tenía las dimensiones de cadera o senos que levantan suspiros, pero tenía lo suyo, carisma o buenez en la sangre, en la forma.

Lo vi en el comedor, yo estaba un tanto aburrido porque siempre lo mismo, y eso que era la segunda semana de clases; unos frijoles para allá y otros para acá; ya a punto de irme, entró Márgaro, sin contoneo excesivo, con andar suave, volteando a todos lados, como quien no quiere la cosa; y a repasar otra vez los frijoles; se sentó en la mesa de enfrente y me quedé viéndolo.

Juraría que era mujer, le dije a mis cuates que se habían enterado antes de su presencia; te gustó, no te hagas —me echaban carrilla— y es que uno tiene que ser bragao, si no *ai* te ves.

Un día tuve un encuentro cercano con él, debió de haber sido como la tercera semana —entonces uno todavía no se la cree— íbamos despreocupados del cuarto al comedor,

del comedor a clases y después al cuarto; nos daba miedo ir más lejos.

Así venía yo y no sé por qué chingaos venía solo, eso no se acostumbraba. Al querer entrar al dormitorio apareció Márgaro, extendiendo los brazos me tapó el paso.

—Por aquí no se puede, —me dijo con una sonrisa terna, acaramelada.

Me saqué de onda re'gacho, no sabía qué hacer, me quedé mudo y me salió una de esas risitas de pendejez.

—¡A poco no?, le dije.

—No, pero si quieres te hago un lugarcito.

Y ahí estaba yo paradito, a la merced del Márgaro; él con su sonrisa fresca, su camisa arremangada, sus brazos delicados y sus pechitos hacia delante, sugerente.

Debió haberse reído, tal vez era uno de sus pasatiempos favoritos, porque cuando estaba a punto de dar media vuelta, su sonrisa alegre y juguetona lo delató.

—No es cierto, ¿cómo crees?, pásale.

Márgaro tenía lo suyo, eso que ni qué; pero en ese tiempo uno le saca al parche, no vaya a ser que hable mal la gente; porque hablando una vez mal, cuándo te lo quitas.

Por eso se hacía güey cuando iba con mis cuates y me lo encontraba; pero cuando iba solo, me salía al paso.

—¿Cómo estás mi rey?, me decía, con voz de “quiero”.

Las primeras veces me agachaba y me iba de lado; bien, alcanzaba a susurrar y apretaba el paso. Pero poco a poco te acostumbras, y más si tienes enfrente ese par de uvas adheridas a las manzanas, duras, paraditas; esa figurita de *barby*, esos brazos, esas manos; esa sonrisa de: no temas, no te voy a comer, al menos hasta que quieras.

Eran también irresistibles sus caderas, de quinceañera, sus muslos largos, sus nalguitas. Más allá de su imagen de buena, su frescura.

Uno se pasa mucho tiempo pensando pendejadas, no sólo de caliente, sino de: se puede o no se puede, si te metes con él o ella, tú también eres o no; chale, como que me gusta, pero es que yo soy muy hombre, además me gusta porque se ve como mujer; más que otra cosa me gustan su voz, sus labios, sus ojos, y ¡esos pechitos!, me cai que sí.

Cuando uno se sorprende a sí mismo pensando estas cosas, casi casi se santigua y pide: ¡señor, líbranos de todo mal!

Pero cuando te sale al paso así, cuando te lanza la tanga de hilo dental, cuando te las pone enfrente, cuando si no te quitas te saca un ojo o al menos te los magulla, no se puede pensar, y no es que fuera insistente, ella misma lo decía:

—Ay, qué coincidencia, a poco vas a tus clases.

Y es que salía de no sé dónde, yo iba caminando a las pendejas, pajareando, y de pronto ahí estaba, mis ojitos pajaritos pasaban de sus duraznos a sus caderas, de sus muslos a sus melocotones, otra vez; de su cuello a sus ojos.

Y entonces uno piensa: ¿qué hago?, porque si cambiaba de ruta más temprano que tarde me lo encontraba, además de que no hay muchas rutas que digamos, la escuela sólo tiene una entrada.

Lo que más lo corroe a uno es la duda, el si yo, si tú, si él, si nosotros, si todos, si lo sabe Dios, ¿qué pasará cuando lo sepa el mundo?

Uno siempre se resiste, se hace de la boca chiquita, a los quince o dieciséis; se pregunta cuando la cosa está canija: por qué yo, si ahí están el Rulo, Juanchis, el Tiroloco, la Marmota o ya de plano Yoseph y el Calígula, que les valía

madres y no perdían la menor oportunidad para demostrar que ni madrina tuvieron.

En fin, cuando te toca, te toca; y uno termina diciendo: qué tanto es tantito, nada más la puntita o de plano que le dé sus llegues; y le decía al mí mismo que a todo le saca: quien esté libre de pecado, que arroje la primera piedra; y él me decía: cúbrete cabrón, porque hay muchos que arrojan la piedra y esconden la mano.

Por eso un día, después de meditarlo por semanas, le di el sí.

Me puse mis botas domingueras, la camisa de cuadritos, la hebilla de los tigres y hasta el perfume penetrante que me prestó el Yoseph.

Todos estaban enterados, animadísimos, dándome consejos y prestándome sus cosas, hasta lana: cuánto te falta cabrón, ai te van otros cincuenta varos.

Y es que yo les había dicho que la Juanita, la que me escribía un viernes sí y el otro también, vendría a verme, que se pasaría un fin de semana conmigo, que iríamos a Chapultepec, a la Villita, al cine, a cenar y nos quedaríamos en un hotel, que se iría el domingo.

No te olvides de los condones me dijo Juanchis y metió en la bolsa de mi camisa un paquetito de nueve.

—¡Suerte matador! —Dijeron cuando me iba; tuve que argüir un fin místico para que no me acompañaran.

Y llegué a la hora, Márgaro estaba radiante, más chula que nunca, ¡órale cabrón!, pa' tras, ni pa' coger impulso, me dije, y nos fuimos.

Era media tarde, recorrimos el centro, tomamos un helado y platicamos de esas cosas que no tienen importancia, como de películas y de artistas; bueno, como la Guzmán o de que cuando *Luismi* despertó, Ricky Martín ya estaba ahí.

Después nos lanzamos al cine, porque quería ver a Brad Pitt, y yo acepté porque salía encueradita Jodie Foster.

Después del cine fuimos a tomar un trago, pero primero caminamos otro rato, me contaba pelos y señales casi de cada esquina, de cada cantina, hotel o antro; eran sus dominios, se movía como *pex* en el agua.

Llegamos al Taller, en la Rosa, la puerta estaba revestida con dos guaruras que lo saludaron de a besito, a mí se me quedaron viendo como bicho raro; la revisión es de rigor dijeron y me metieron mano por todos lados, me jalaron el pitirrín primero para un lado y luego para el otro; sale, puede pasar.

Nos prepararon una mesa, dos rones y cigarros fueron el inicio; las parejas se repegaban en la pista, cachondas, al menos eso se veía en la penumbra.

Poco a poco mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, ¡todos eran *gays*!; entonces ¡sí le saqué!; y es que no es lo mismo tener a Márgaro enfrente que a los demás, algunos sí, arregladitos, con sus blusitas adheridas al cuerpo, sus pechitos; sus caritas jóvenes, tersas, bonitas; con éste sí se equivocó la naturaleza, eso de que es sabia son puras mamadas.

Pero cuando ves a los fornidos, casi casi galanes de cine, con sus bigototes, darse unos de a lengüita o de plano quedarse pegados como ventosas, entonces sí te erizas.

La neta se siente medio *cuyeyín*. Sí, uno es de mente abierta, fiel seguidor de la tolerancia, proclamador incansable de la igualdad, de: todos los derechos para todas; pero no hay que ser, cada abeja con su pareja ¿no?

Y me entró la zozobra, ya no estaba a gusto, cuando ponía su manita suave, tibia, sobre la mía, la quitaba de volada; me acicalaba el pelo, tomaba un cigarro o le daba un mini-trago a mi cuba *light*.

Chale, ¿pa qué vine?; lero, lero; te lo dije gay, perdón, güey; algo pasó, qué chingaos es, quién sabe, pero ¡dice mi mamá que siempre no!

Así estaba, con mi cabeza a mil por hora, pensando cómo diablos zafarme; se dio cuenta. Ya te quieres ir ¿verdad? Y yo, nel, si estoy a toda madre.

Pero por qué carajos no nos fuimos a un hotel, porque si dije que sí, era que sí; pero en este lugar, la neta se me arruga; entonces, sí reculé, y me dije: antes sí, pero ahora no; al fin que es de sabios reconocer errores ¿qué no?

En esas estaba cuando llegaron sus amigas, esas sí buenas, con nalgas marca me prestas y unos senos amamantadores, parecían vedetes de comercial, pelirroja, peliamarrilla, pelinegra: todas peliteñidas

—De dónde sacaste este bombón.

—¡Ay!, me lo prestas ¿eh?

—Ándale, no se te va a acabar.

—Que escondidito te lo tenías.

Si de por sí ya estaba sacado de onda, el acabóse fue cuando una de ellas, la más cachonda, me dijo:

—Oye, yo a ti te conozco, ¿qué no vas en la misma escuela?

Me le quedé viendo, atrás de esas nalgotas, chichotas y maquillaje, estaba nada más y nada menos que Pedro Rol-dán, el de la escolta.

—Sí, tú eres de los nuevos —me dijo—, no sé por qué no me había fijado en ti.

Entonces se me hizo chiquita, con todo y bolitas; atrás de mis orejas un zumbido insistente: ¡peligro!, ¡peligro!, ¡peligro! ¡Vámonos cabrón!, obviamente les dije que se me había olvidado apagar el boiler, que media manzana estaba en peligro y yo era el único que podía salvarlos.

—Ya me lo espantaron, ya ven cabronas.

—Nanay, si te quiere vuelve; así son todos.

—No aprendes, te buscas puro chiquito con corazón de pollo, se asustan.

Salí a la calle, era media noche, todo en su punto; el neón se reflejaba en los charquitos que iba dejando una tenue pero pertinaz llovizna.

¡Chale!, si tan sólo nos hubiéramos ido derecho a un hotel; pero ésa, sería otra historia.

## El último café no se termina

*Para Rafael Ortega Paczka y Artemio Cruz*

**E**l maestro Efra llegó a la escuela cuando apenas había terminado sus estudios en Pensilvania; de hecho, su madre se había ido a trabajar para el otro lado y él cursó allá la primaria, la *jaiescul* y la universidad.

Tenía muchos proyectos de investigación, viajó casi por todo el mundo recolectando plantas: en América se concentró en las variedades de maíz; la ruta de este cultivo fue trazada paso a paso por sus investigaciones; dio cursos en posgrados y en la universidad, pero le agradaba dar clases a los jóvenes de la preparatoria, decía que era importante abonar la semilla de las nuevas generaciones.

Todos los días a las nueve de la mañana abría su oficina en la escuela y allá acudían estudiantes y maestros con proyectos o tesis para que revisara; su nombre estaba escrito en edificios y auditorios, su fama llegaba a todos los rincones.

Se decía que era un poco gruñón, pero a los noventa y seis años, uno no puede esperar una perita en dulce, y más si solamente le iban a quitar el tiempo, pues sabio como era, su conciencia le decía que no era mucho.

Llegaba caminando, nunca le gustaron los autos, de hecho vivía a unos pasos de la escuela donde pasó sus últimos años; salía de su casa sin suéter, a esta hora del día se siente un poco de frío, más cuando se acercaban esos meses de octubre o noviembre, o en aquellos años en que nos afectó de forma inclemente la inversión térmica.

Su desayuno era parco, tomaba un jugo pequeño de naranja o zanahoria, dos rebanadas de pan y un poco de queso u hongos; su inseparable café lo seguía de su casa a la oficina, donde tenía una pequeña cafetera para tres tazas.

Los bucles canos de su cabello destellaban por la calzada, con una sonrisa saludaba a todos: al señor de la vigilancia, al que recoge la basura, a la señora de los jugos, al de la fruta picada, a los alumnos y maestros que encontraba, justo al entrar por la reja.

Por su memoria pasaban esos días de frío intenso cuando llegaba a su escuela primara en el *gabacho*, adentro el aire acondicionado, sí, pero al salir una bofetada gélida le esperaba; por eso, desde esos días quiso estar en su tierra, donde ni el invierno es tan cruel ni el verano tan cálido; soñaba con el momento de respirar la tierra mojada, el olor de los mirtos rojos y morados, los jilotes cuando la milpa está espigando.

Cuando entró a la universidad se decidió a estudiar botánica, no obstante intercaló algunos cursos de filosofía y literatura, siempre le alcanzó el tiempo en esa tierra extraña a la que no pudo acostumbrarse.

Poco después de sus veinte años inició el viaje de retorno, como los antiguos guerreros que vinieron de Aztlán, venía observando el paisaje, a veces yermo, de las regiones del norte.

Esa escena del arribo a su casa tiene un aire fantástico como Juan Preciado cuando dice: “Vine a Comala buscan-

do a mi padre, un tal Pedro Páramo”; pero Efra era más parco, desde la orilla de la carretera donde lo dejó el autobús, caminó las dos horas que separan esta vía estrecha de su comunidad, el olor a tortillas calientes lo esperaba, aunque de lejos, los fogones con su fumarola, eran indicio del arduo trabajo en las cocinas del pueblo.

Buenos días, gritó en la entrada de la casa, tres perros enclenques salieron a recibirlo. Buenos días, contestaron dentro, ¿qué se le ofrece?, ¿aquí vive Juan Hernández?, sí, dijeron dentro, ¿quién lo busca?, su hijo Efra.

Durante su vida dejó plasmadas anécdotas intensas como ésta: alguna vez, cuando andaba en el Perú, un campesino le preguntó, y usted, por qué anda tan lejos de su tierra, ¿qué allá no hay maíz?, no supo qué responder, pero fue el arranque de un programa extraordinario para clasificar las cuarenta y tantas razas de maíz en México, desde los maíces de colores: rojo, azul, amarillo, blanco, hasta las formas cacahuacintle, olotón y muchos más.

Sus trabajos están salpicados de esa sabiduría popular. Por ejemplo, una vez un campesino en Tlaxcala lo sorprendió con su conocimiento de la naturaleza y el espíritu previsor; al llegar a su parcela, el maestro observó que el campesino tenía casi un arcoiris, por la diversidad de maíces sembrados, entonces le preguntó, ¿cuál de todos la maíces le da más?, el campesino sin pensarlo dijo, el blanco; entonces el maestro le preguntó que por qué no sembraba puro maíz blanco, a lo que el campesino le respondió, ¿acaso usted sabe cómo va a venir el tiempo?, ¿si va a haber agua o nos va a azotar la sequía? No, dijo el maestro. Ah, pues por eso siembro de todos, mire, si hace buen tiempo cosecho de todos, primero el blanco, luego el amarillo y al último el azul, pero si el tiempo está penco, entonces no cosecho blanco, se pierde, pero tengo amarillo y azul; si es difícil

como el año pasado, entonces tengo el azul, así no nos morimos de hambre.

El sabio y el científico están bien separados el uno del otro, el primero absorbe el conocimiento y lo transmite, el segundo trata de generarlo, de encontrarlo donde nadie lo ha visto. El sabio espera pacientemente su destino, el científico trata de atraparlo, lo persigue, no lo deja en paz.

Esa mañana fresca, el maestro salió de su casa con varios pendientes en su cabeza, saludó al vigilante, la señora de los jugos y al que pica la fruta; entró por última vez a la escuela, caminó sobre la calzada y respiró profundamente el olor de las plantas cercenadas por los jardineros, alzó la cara para ver las jacarandas en flor, observar las aves en los fresnos, las bolitas blancas en los truenos, las palmeras, las flores; en esta Babel de plantas en que se ha convertido nuestra escuela, desde que él estaba aquí.

Caminó por un minúsculo pasillo en medio de los hueritos, los pájaros estaban picando las yemas o buscaban algún gusano entre las hojas, cortó una pequeña rama de un durazno en flor y se la llevó a la boca, va a hacer buen tiempo dijo al ver las nubes altas hacia el poniente.

Justo antes de entrar al pasillo para abrir su cubículo, se detuvo a observar la bugambilia que había trepado por el muro de piedra. La naturaleza se abre camino, exclamó mientras un jardinero llegaba con una escalera y una máquina para podarla. Déjala otra semana, dijo el maestro; como usted diga, respondió el jardinero y se fue; algunas ramas de la bugambilia se habían doblado sobre sí mismas y caían cubriendo a las otras. Así es la vida, pensó, cuando llegamos a la punta no hay otro camino que caer.

Entró al pasillo, caminó los veinte metros que separan su cubículo de la entrada, enfrente otro jardín. Al abrir la puerta, la luz de la mañana ya había calentado el interior,

avanzó entre su escritorio y su librero hasta la ventana, corrió las persianas y prendió la cafetera, vació un poco de café en el cono, sobre el que había hecho el día anterior, pues cambia el cono cada tercer día; se frotó las manos, el frío seguía en ellas, cerró los ojos y aspiró con fuerza el olor del café al contacto con el agua caliente.

Todo el cubículo se impregnaba de ese aroma, lo percibió al dirigirse a su escritorio; se frotó la barbilla y se dio cuenta de que un ligero temblor se había apoderado de su mano derecha, nada que le impidiera trabajar, tomar el lápiz y escribir hojas y hojas de apuntes, reflexiones, disertaciones.

Se levantó a servirse café, en la taza que había usado los últimos cinco años, la trajo de Sudáfrica, adornada con pinturas semejantes a las rupestres, en un tono rojizo sobre un fondo entre café y gris.

Regresó a su sillón y dio el primer sorbo, pequeño por el calor, el sabor amargo le devolvió vigor a su cuerpo, sin azúcar, como se toma el buen café.

Respiró profundamente y sacó una hoja en blanco, la puso sobre el escritorio, más allá el tintero, su pisapapeles con forma de búho, su taza de café, un guardahojas con tres niveles.

Puso la fecha en el margen superior izquierdo, enseguida el asunto: sobre la selección genética en campo.

Un profundo sueño llegó a sus párpados, se le cerraban poco a poco, se fue doblando sobre el escritorio, su cara se había posado sobre la hoja que recién había sacado del cajón, sus brazos quedaron extendidos, como un niño que agotado por el esfuerzo se duerme sobre su tarea.

El café seguía humeando ese olor arábigo, pero él ya no podía percibirlo, su corazón había dejado de latir.

Lo recuerdo caminando por los pasillos de la escuela, con su camisa a cuadros, pantalón de mezclilla, botas crucero. Siempre estaba listo para el nuevo viaje, la nueva expedición, aunque fuera la última.

Cuando lo encontraron el café de su taza aún estaba tibio, murió feliz, pensamos entonces, aunque sea muy raro encontrar la felicidad en la muerte.

La consternación hizo presa de todos, la ambulancia, el forense; en nuestra escuela hay una galería de obra plástica que se usa como capilla, ahí lo llevaron después de la autopsia, un paro respiratorio.

Caras tristes de sus alumnos directos, en nosotros la perplejidad.

Fue cremado y regresaron sus cenizas, una larga valla de jóvenes flanqueó su recorrido, hasta un jardín céntrico, sus cenizas se depositaron en una pequeña cripta, sobre ella se plantó un pequeño secuoya.

Sólo los árboles mueren así, de pie.

## La Curp

Uno sigue pensando que las cosas deben ser de una manera, pero a veces te encuentras con la horma y no precisamente de tu zapato.

Eran esos días de abril, calurosos, desde hacía meses estaba esperando la convocatoria para las becas; y es que uno siempre piensa que ahora sí, que ya se lo merece, que años y años de trabajar por amor al arte deben tener su recompensa, que en algún lugar del universo Alá sigue nuestros pasos y aunque seamos infieles reserva un poquito de suerte, de la buena, para las almas que van por la calle con la bendición.

Ahora sí, no puede fallar, si hasta se habla de mi trabajo en las más prestigiadas revistas en kilómetros a la redonda y cómo no, si sólo hay una y es de mis cuates, pero no le hace, todo fuera como eso, sólo hay que echarle ganas y ya.

Y la espera tuvo resultados, la convocatoria llegó. Como lo dejo todo hasta el final, me puse en chinga a escribir el proyecto *Cuentos para no dormirse en clase*, cachondones,

con olor a efluvios, todo en su punto: proyecto, papeles y material escrito. Por cierto, incluí el de *A Chuchita la bolsearon* y *Yo no fui, a mí ni me vean*, que habían cobrado fama entre mis cuates porque se les paraba y había que hacerse justicia a la una, a las dos y a las tres.

En fin, esos días vivía en la periferia, más allá del puente, por donde aún pasaban los trenes de pasajeros, entre Cuauhtitlán y Texcoco, así que cada día me perjuraba: mañana voy a dejar mis papeles. Pero nada, y pasó un día y luego dos, y luego tres meses; ya estaba a punto de cerrar la consabida convocatoria y me volví a decir: juro por la memoria de la tris-abuela que mañana voy. Y cumplí a cabalidad porque era el último día.

Así que me fui temprano, el cierre era a las dos y media: cuando llegué, al menos trescientos suspirantes estaban en la fila.

Me lleva la chingada —pensé. Te lo dije, que no fueras a salir con estas mamadas —me dice mi otro yo, el que la juega de responsable.

Pues ya bailó, a esperar. El sol hacía de las suyas y nuestras cabecitas calenturientas pensaban cosas fuera de este mundo.

Éramos un circo con muchas pistas: los y las de danza, de teatro, de música, de letras, de artes plásticas; lucían las rastas, algunos tonos pastel en las cabezas, bucles y lacios; blusas típicas, mezlilla al por mayor, pero no faltaban los trajeados, *son pocos, pero son*.

Se hacían los grupitos, los más, viejos conocidos, seguramente en una presentación, cantina o toquín; entonces me acordaba del Osorio, la Burra, el Tapir, Juan Melenas y don Lupe el de los pulques La Mangana: no pues escribes bien chingón pero aquí nomás te escucha la Burra, de plano te estás desperdiciando, salú; busca tu mundo, lánzate a los an-

durriales, a los bajos mundos de los artistas, en algún lugar deben andar.

De plano no conocía a nadie, así que me puse a leer. Cuando la serpiente empezó a contonearse pude ver que hay muchos pujantes, todos con derecho, con ganas: Ahora sí me la voy a sacar, ese güey se la sacó la vez pasada, no hay duda, ahora sí.

Entonces fue que me dije, a güevo que es para mí, si no, no hubiera venido; son seis varos y un poquito más; con eso le pago a don Sebas, el de la cantina; a doña Chona, la del cuarto, y hasta le doy las gracias para buscarme uno con *boiler* de gas y estufa, ya estoy hasta la madre de la parrilla eléctrica que se quema cada quince días.

También me alcanza para el Chucho, el de los periódicos, que ya no me quiere fiar; y chance una parte para la chefa, doña Petrona, la de la fonda Margarita, que últimamente me dice: mejor ponte a trabajar mi'jito, ya deja de soñar con tu cuaderno.

Hasta me alcanzaría para unos *livaís* y los *ribuk*, con una playerita de *Jordan*; porque de plano, no queda de otra más que renovarse.

Ahora sí voy a ir al cine, de paso invito a Mariselita, que ya varias veces me ha dicho ¿cuándo me llevas al cine? y le contesto, cuando me gane la beca.

Ahí estaba, a tres pasos de la puerta, todo listo: a ver jóvenes revisen sus papeles, si les falta algo no se van a poder anotar.

Y a contar de nuevo, uno por uno y dos por dos; no faltaba nada, hasta que llegué al escritorio.

—Joven, su Curp no está bien.

—No puede ser, me la dieron la semana pasada.

—Pus le falta, no tiene el apellido de su madre.

—A ver —era cierto, en la Curp no tenía madre— pero eso no es culpa mía.

—No, pero nosotros no podemos hacer nada.

—¿Cómo?, si preparé todo.

—Si quieres habla con el coordinador. ¡A ver, el que sigue!

—Y al coordinador dónde lo puedo ver.

—Salió a comer, espéralo afuera.

Dos horas más tarde llegó, todavía con mole en las comisuras y tuve que esperar de pilón otra media hora porque fue al baño.

—No pues tu caso está difícil, porque si se enteran que te recibimos sin Curp, nos pueden acusar de fraude, y los de la cultura se sienten muy salsas, la hacen de tos por todo, ahí tienes la reforma fiscal, no quieren pagar nada.

—Pero es que no es mi culpa, yo traje todo.

—Pero así es esto.

De tanto rogarle, de contarle de Mariselita, don Sebas y doña Chona, me dijo que sí.

—Te doy una semana, porque tenemos que esperar los proyectos que vienen por correo, pero si no traes tu Curp, olvídate.

Me lancé en chinga al DIF, con Luz María, que ahí es donde me dieron mi Curp.

—Oiga, señorita, quiero que corrijan mi Curp.

—Con mucho gusto, nomás llene la forma que viene en su documento.

Listo, todo con letra de molde, clarito, para que no hubiera otro error.

—A ver déjeme ver su acta de nacimiento.

Todo iba bien hasta que la vio.

—No, joven, su Curp está bien.

—Cómo, si no me la quieren recibir.

—Mire, es que aquí donde dice que presentan vivo a un niño al cual le pusieron por nombre Carlos Antúnez, no le pusieron el apellido de su madre, Fuentes; por eso su Curp salió con un solo apellido.

—Oiga, y ¿no se le podrá poner Fuentes a la Curp?

—No, joven, sólo que traiga otra acta, donde sí le pongan su apellido materno.

—Pero es que tengo que ir por los caminos de Michoacán.

—Pues ni modo, no podemos hacer nada.

Entonces me lancé a Zacapu, le pedí lana al Tapir y a la Burra: con la beca se los pago y les doy hasta el doble.

Por mí no hay pedo, dijo la Burra, me conformo con que me pagues.

Chale, si hubiera sabido que el mundo no es como lo pintan, no hubiera ido.

Ahí estaba, delante del juez, con mi acta en la mano y con unas ganas de chillar que no me aguantaba.

—Así es, joven, su acta está bien, sólo aparece el apellido paterno porque su madre no fue a registrarlo.

—Pero cómo iba a hacerlo si tenía horas de haberme parido.

—Bueno, así es la ley, lo único que se puede hacer es que su mamacita venga y lo reconozca como su hijo, porque es algo que no ha hecho.

—Pero es que mi madre murió el año pasado.

—Cuánto lo siento, pero no se preocupe, usted no es hijo natural.

—Pues entonces, con todo respeto, vaya y chingue mucho a su putísima madre —le dije, no sin antes agregar decentemente— gracias por nada.

Ni pedo, ahora sí me tengo que poner a trabajar.

## Cooperen pa' la causa

No era muy noche ni quincena; en la escuela todo había salido mal: un examen sorpresa, seis en las calificaciones de historia y Martita la piadosa que no había llegado; por qué, quién sabe; pero a veces, sólo por verla, vale la pena llegar al salón.

Casi no llevo cosas, pero mi mochila siempre pesa como si de veras, bueno a veces cargo por semanas y sin leer, los libros de la biblioteca; pero si no, qué más podría meter en ella.

Así que andaba cargando dos libroles, uno de *El capital*, edición FCE —porque los de siglo XXI los acaparan los matados— y el de la segunda guerra del Peloponeso, que no me sirvió para el examen de la semana pasada, pero que todavía ando paseando porque se me olvida entregarlo.

Primero el metro, atascadísimo, empujando a los de primera línea para que se vayan y dejen lugar; después una chava a la que le agarraron las nalgas y el de atrás viéndome

a las manos le decía, yo no fui; mentadas y mentadas, yo, con las manitas levantas diciéndole: chale pero si yo tampoco fui; ya venía la tira cuando llegó el vagón y se fue, naturalmente a empujones y con otra torteada; pero me cai que yo no fui, todavía le grité cuando se iba el metro: ¿ya ves, ya ves?; pero que me hace güevos con la manita derecha.

Con el otro tren llegó mi turno, no sean cabrones, a mi también me tortean, a veces son chavos; pero en ésta, cuando volteo la vista, tres nenas se estaban riendo, y señalaban al de junto que sostenía con la izquierda unas flores aplastadas y con la diestra su portafolios.

Ya nada más te gana la risa y haces como que no pasó nada, total, casi nadie se da color, y sólo sientes la manita.

Pues allá íbamos, casi cachete con cachete; sudando la gota gorda, moviéndonos para arriba y para abajo, para un lado y para otro, pa' delante y para atrás; cuando de repente, nada de nada, se fue la luz, veinte segundos, medio minuto, tres... y nada, a los cinco se prendieron dos lamparitas de un lado y una del otro; vaya, al menos nos vemos las caras, ahorita nos vamos dijo la voz de un pasajero, a los diez minutos las bocinas dieron la hora y después el conductor: señores usuarios una pequeña falla nos hizo detenernos, les suplicamos paciencia, en un momento continuamos; y las usuarias qué, están pintadas o qué, dijo la señora de junto; y uno de más allá le dijo pues sí estaban pintadas pero ya se les corrió el maquillaje.

Y continuamos... casi veinticinco minutos después; todas las estaciones fue lo mismo, retacadas y casi nadie se bajaba, así que a sentir los empujones.

Cuando llegamos a la terminal hasta asiento tenía, pero iba hasta la madre.

Crucé el puente para tomar mi autobús, cuando compré mi boleto me di cuenta que tenía que esperar cuarenta y cin-

co minutos, ni modo; los primeros diez me la pasé rascándome la cabeza y bostezando, pero como pasaba tan lento el tiempo, me dije, mejor me pongo a estudiar un rato, pero la oferta no era muy buena: el viejo Barbón o la guerra, escogí la segunda, porque además ni apuntes tengo; de todos modos, no dan ganas, hasta frío tenía; una hoja y me regresaba, ¿qué quiere decir el pinche autor?

Yo creo que me dormí un ratito porque ya se me estaba cayendo el libro cuando... pasajeros con boleto marcado veintidós horas treinta minutos, favor de abordar el autobús seismilquinientosnoventaysiete en el andén cincuenta y nueve; pasajeros...

A allá voy, ahora sí, ya sin ganas, me tocó el asiento veinticuatro, ventanilla; cuando llegué, ya estaba ocupado, el del pasillo puso una cara de pinche güevón a ver si te apuras, cuando le dije con toda propiedad: me da permiso.

Entonces me acomodé bien chido, los cincuenta minutos sí me los echo, no hay qué ser, un sueñito largo, *alesvianador*, sí se amerita.

Pero nada, el sueño se había marchado en el autobús anterior; de cualquier manera iba con mis ojitos pajaritos cerrados, aunque sean diez, quince minutos...

—¡A ver hijos de su pinche madre, nadie se mueva de sus asientos!

El que estaba sentado a mi lado, en el pasillo, ahora tenía tamaño pistolón en la mano que de plano se te arrugaba.

—Si alguien quiere hacerse el héroe, va a ser un héroe muerto.

Dijo otro güey adelante.

—Síguete de frente *chof*, o te carga la chingada; a ver todos viendo de frente y vaciando sus bolsillos.

Chin, mis doscientos pesos, ya bailó berta, me dije asustado.

—A ver cabrón, ayúdanos con la bolsa —me dijo el que estaba sentado a mi lado.

De plano, éste pinche ojete sí tiene facha de ladrón, por qué no me di color antes, tiene una cara de rufián que no se la acaba.

—Mueve el culo, hijo de la chingada.

Así que me levanté de volada.

Temblando, con la bolsa en las manos, me fui hasta los asientos de atrás.

—A ver, a ver, cooperen pa' la causa —les decía mientras estiraba la bolsa.

—Señor, ¿no va a cooperar? —le dije a uno de lentes que de plano se había quedado pasmado.

Un gran madrazo en la cabeza me hizo caer sobre él, me la agarré rápidamente para sobarme, la sangre empezó a correr por mis manos, roja, espesa, caliente.

—Ay, hijo de tu pinche madre; a ver, síguete haciendo el chistosito; no mames cómo que cooperen pa' la causa.

—Chale, pus cómo se les dice.

—Cáiganse hijos de la verga, si no, chiquita y no se la acaban; y muévete cabrón que no tenemos tu tiempo.

Sobándome y todo, iba con mi taleguita.

—¿Cáigase no? —y se caían.

Todo iba bien hasta que una chava, se abrazó a su bolsa.

—¿Cáigase no?, si no nos va a llevar el payaso —como no hacía caso, la salté.

Un chingadazo en la cara, otra vez con la pistola, me hizo caer.

—No te hagas pendejo cabrón te estamos siguiendo.

La sangre empezó a brotar con ganas del pómulo derecho, una señora me dio papel de baño, ora sí sentía bien culero, hasta ganas de chillar, pero me mordí un güevo y la mitad del otro; no, yo creo que me mordí los dos.

—A ver parate pendeja —le dijeron con la pistola por delante.

Entonces ya había empezado a chillar pero se paró.

—Regístrela, culerito —me dijeron con un tonito muy amable.

Metí las manos a su bola, luego a las de su chamarra.

—No trae más.

—Búscales en las tetas, en medio y en cada una.

Todavía le dije, con su permiso, y al oído: ya ves, mejor hay que cooperar; no sé si temblaba más ella o yo.

—Que no tiene más.

—Búscales en medio de las piernas, en el biscocho.

—Chale, que no tiene nada.

—Búscales, hijo de la grueza, o qué, ¿quieres otro?

Ni pedo, a meter mano, ella estaba tiritando, llorando en silencio, viéndome a la cara; yo de plano me agaché...

Le entregué la bolsa salpicada de sangre.

—Pinche puerco, ¿y tenías qué mancharla?

Yo me estaba sobando.

—Te orillas, pero te vas de volada, ya conocemos tu unidad.

Me fui a mi lugar temblando, adolorido, me recargué, cerré los ojos... ya vamos llegando.

Mañana hay que regresar otra vez.

## Genéricas intercambiables

Vivía en la Conchita, pero atendía en el centro, sobre Juárez; sí que estaba buena, qué digo buena, buenísima, como las modelos de esas revistillas; muy lejos de las *barbis*, la princesa Fiona o Talía, que según los enterados era la misma; la *Matabellas* tenía muslo, chuleta, caderas y unos senotes del tamaño del mayab.

Cuando llegó a mis manos un volante que decía: "ya no sea un alfeñique y si quiere tener pecho y cadera venga a ver a la güera", me dio risa, lo hice bolita y lo eché en el bote de la basura.

Todos los días al regreso de la escuela recibía un volantino de la *Matabellas*, todavía no era la *Matabellas* sino la doctora Aspe: especialista en cirugía plástica con diez años de experiencia, trabajos garantizados, la completa satisfacción o le devolvemos su dinero.

Las paredes de su consultorio estaban tapizadas con diplomas, reconocimientos y certificados; desde la universi-

dad, la *sogemp* (sociedad general de médicos plásticos), Harvard, Yale, Topeka, Levis y Yakult.

No si la *Matabellas* estaba facultadísima. Trescientas clientes satisfechas la respaldan, decía un letrado hecho en la computadora, con impresora de puntos en papel *stok*.

El cambio fue más que evidente, palpable, no más los senos caídos, chiquitos, las caderas anchas, los glúteos de trailer o de mejoral, ya no eran una maldición para toda la vida, había llegado la doctora Aspe, porque ella sí sabe cómo hacerlo, y lo hizo.

Poco a poco corrió el rumor, mira, Periquita tiene unas tetitas marca Aspe, o ¿ya viste las nalguitas de Susana?, son de marca.

La *Matabellas* siempre tenía lleno el consultorio. Con sus abanicos, cigarros y tv-notas en las manos, las clientas esperaban turno.

Y pasaron los días, semanas y meses, pero la *Matabellas* se hizo famosa, casi casi *super star*, con la Lupita, secretaria del contralor del Ayuntamiento; la pobre Lupita había sido siempre la planicie, la planaria, la banda elástica, la nadadora y la Lupis, para los cuates.

De la noche a la Mañana, o mejor dicho del viernes al lunes, la Lupita era otra, me di cuenta porque yo repartía *El Noticiero* todos los lunes y no me recibió con su chicle y el clásico: "déjalo en el escritorio"; sino que muy amable me dijo: cómo estás, qué dice *El Noticiero*; y cómo yo de plano ni lo leo, nomás lo entrego, le dije algo de un secuestro o un asalto.

Entonces no me di color de que la Lupita estaba cambiando, bueno, era más amable, pero es natural cuando se encuentra galán, yo pensé, hasta que se le hizo a la Lupis.

En menos de un mes, la Lupita era otra, se me empezaba a antojar, chale pero si es la Lupita, me decía, pero me cai

que sí, sus pechitos, otrora limoncitos criollos, se habían transformado en dos grandes melones y sus nalgas habían crecido todavía más.

Ya se cotizaba la Lupita, los galanes llegaban como quien no quiere la cosa; Lupita, cómo te has puesto, a ver cuando nos vamos por ahí, pero la Lupis se daba su lugar, bueno, a ver cuando.

Todos se maravillaban con el nuevo *look*, la Lupis tiene unos senos marca *me prestas para terminar mi lactancia*; nel son marca Aspe; y esas caderas, no tienen par.

Cuando llegó el primer rumor: una de las clientas de la doctora Aspe está gravísima en el hospital del IMSS; nadie lo creyó, seguro es por un problema hepático o renal.

Alguna enemiga de la doctora, seguramente.

Luego otro rumor: te acuerdas de la clienta de la doctora Aspe que estaba gravísima; eso dicen; pues ya no, salió del hospital el lunes; ya ves si la gente nomás habla por hablar; pero muerta, ya la enterraron.

Todavía no era la *Matabellas*, no, qué va, la doctora Aspe era tan amable, tan cariñosa, tan comprensiva con sus clientes que no sería capaz de eso.

El contraste y el ejemplo era la Lupis; pero ya ves a la Lupita, nada le duele; no y qué cambiao; la Lupis se hizo la medida de todas las cosas; pero los rumores siguieron.

Ya supiste que la doctora Aspe tiene una demanda de una de sus clientas, que porque perdió los senos; ¿los dos?; se quedó plana y gacho cabrón; ay, no mames; y la demanda sigue.

Te acuerdas de la demanda de la doctora Aspe; pues fíjate que ya no hay tal, dicen que con veinte varucos se cerró el

caso; cómo ¿los senos valen veinte varos?; pues al menos ya no hay demanda.

Pero los rumores, rumores son; nadie hacía caso y el negocio de la doctora viento en popa, ¿o en pompas?

Pero una a una empezaron a caer; el seguro, el ISSSTE, el Hospital del Dolor; traumatología, la SSA; todos empezaron a recibir clientes de la *Matabellas*, senos, nalgas, muslos, papadas, bíceps, triceps; en varios casos hubo que amputar, la doctora Aspe inyectaba aceite maravilla, 50% girasol, 30% canola y 20% otros.

Para bajar volumen pegaba sanguijuelas en las partes afectadas.

Entonces desapareció la doctora Aspe y nació la *Matabellas*.

El primer juicio con la Conamed terminó en penales; la *Matabellas* presentó a la vista, al portador cincuenta de los grandes y se paró todo; no tuvo siquiera que presentar sus títulos; eso si habría sido un problema porque, seguro, no habría sabido cuál llevar.

Y la *Matabellas* seguía, entonces tuvo que bajar sus tarifas, pero la gente llegaba; después de todo, no había proceso legal ni en su contra ni a su favor.

Cuando llegaba con el periódico a la contraloría, siempre le decía, cómo estás Lupita, cómo te sientes, y ella: estupidamente, gracias; ¿ya te checaste, ya fuiste al doctor?; si ¿por qué?; por nada, uno nunca sabe.

La Lupis seguía fresca como una lechuga.

El fin de la *Matabellas* llegó con otra muerte; la sobrina del preciso; se había ido a poner chichotas, ya tenía seis meses con malestares cuando le dieron el diagnóstico; primero muerta que sin tetas, dijo, y se murió.

Sólo entonces fueron en serio contra la *Matabellas*; clausuraron su taller y la aprehendieron provisionalmente, en el mejor hotel, por supuesto.

Empezaron a llover las demandas; de todos colores y sabores.

Fue entonces que se hundió la *Matabellas*, para no salir.

Le dieron cuarenta años por ejercicio indebido de profesión.

Y la Lupita nada; fresca, tranquila.

Un día no pude más, con la foto de la *Matabellas* tras las rejas, en la portada de *El Noticiero*, le pregunté:

—Oye Lupis, ¿no tienes miedo de que te pase algo en tus pechitos o tus caderas?

—Ah cómo serás pendejo, si éstas son intercambiables, marca *Maravillas Bra*.

—Pues aunque sean desechables me gustas.

—No te hagas ilusiones, estás muy verdecito.

Por lo pronto seguí con mi periódico, ese día se vendió como pan caliente.

## En blanco, como las agujetas

**E**ra la de ahí, pero en ese tiempo uno nunca sabe y cree que la luna es de queso y que las arañas y los enamorados; pero, aunque vio mi tristeza, no quiso quedarse y ni *pex*.

Y quién podría esperarlo, después de haber sorteado con más pena que gloria los avatares con la maestra Yumiko, que debí haberla nombrado pamiko, pues me dejó una huella, esa sí indeleble y no como la tinta del IFE; no podía ser de otra forma, claro, la recordada cada tarde con las piernas de la señorita cometa; porque así es uno de tibio.

Ella era como una uvita, así de llena, que no redonda, pero con jugo, uva verde, uva negra, uva madura, uva pa'mí. Era la época en que uno anda con el calor en las venas, como un mediodía de Viernes Santo en el Cerro de la Estrella. Así pasaba la vida, esperando, a los treces o quince. Para qué atormentarse de nuevo, si con lo que pudo haber sido basta. Porque de cierto sabemos que esos días, no volverán, cuando uno lleva serenata y alguna rosa hurtada a la carrera en el jardín público, detrás del letrero que dice: no

cortar las flores y no pisar los prados; aunque los prados nunca los vi, si no chance y también hubiera cortado uno, pues yo pensaba que era otra flor, como nardo o cardo, ¿qué no dan flores?

Pues bien, aunque es muy cierto eso de que el que persevera se cansa, un día se me hizo, mejor dicho una noche, después de meditarlo por semanas, de ensayarlo paso a paso, de: primero le digo... y si me dice.... entonces yo reviviré... y si se hace como que la virgen le habla, entonces a empezar de nuevo. Pero con ella enfrente no salían las palabras. Y yo me decía: qué mamada es ésta; y ella me preguntaba: ¿te sientes mal?, y yo: no, cómo crees; y le decía al mí mismo que estaba dentro: ¡ay qué pendejo!; y ella: ¿de veras?; y yo: claro, nunca me sentí mejor.

Así por horas, y no esas que son imaginarias como cuando estás apanicado o esperando en el pinche banco; no, éstas eran horas de sesenta minutos, de tres mil seiscientos segundos, horas como cuando se descompone el autobús en medio de la noche y en la punta del cerro, más acá de la chingada, una eternidad, pues. Y ahí estábamos los dos solos, en la sala del timonel del equipo, el jugador número 10, camarada y amigo, concuño posible, suspirante. Y yo sentadote, viendo mis tenis y esas agujetas de a veinticinco pesos el par que me había comprado en el tianguis de *Tulye*; qué bonito me las había amarrado, con moño de tres orejas y si ella se hubiera traído sus zapatos de agujeta le hubiera dicho: ¿quieres que te haga un moño de tres orejas, lo hago como quieras, de cuatro o cinco? Pero así es la suerte, llevaba sus botitas domingueras, con sierre de bolita.

—¿Te sientes mal? —otra vez.

—No, sólo estaba viendo tus bolitas.

Ella risa y risa, y yo turbado como siempre, las de tus botas; más risas y más turbación; yo esperaba que me dijera

¿entonces qué? ¿me vas a decir o qué?, pero nada, levantaba la carita para ver un cuadro, unos horribles perros jugando al *pókar* y sonreía.

Se está riendo de ti, a güevo, qué chingaderas son éstas, no cabrón yo que tú, no te dejes, al rato chiquita no te la acabas, vas a ver...

—Ya viste que un perrito les está haciendo trampa a los demás.

—¿A poco?, no ¿cuál?

—Ese, míralo, el peludo, tiene los ojos de pícaro, cómo se ve que ya se las hizo.

Ah, menos mal, se reía del pinche perro, seguro hasta sarna tiene, sólo que no se le ve.

Y otra vez las agujetas, el señor del tianguis me dijo:

—Mejor llévate éstas de a treinta. —Pero nel, sólo tenía veinticinco, y el vendedor a güevo.

—¿Cuánto me das?

—Nomás tengo veinticinco.

—No carnal, sácale otros tres varos.

—Pus no tengo más.

—No te hagas, éstas de a treinta están bien chingonotas y ya te las dejo a veintiocho, es tu día.

Cuál día, si me tenía que regresar a patín, a pleno sol y es un chingo, como media hora ¿pa' qué se las pedí?

—¿Te duele el estómago? —dijo con su vocecita de mírame y no me toques.

—Nel, es que estaba viendo mis agujetas, me las compré en *Tulye*.

Y estaba a punto de contarle toda la historia, no sólo de la compra, sino de las agujetas mismas, sólo que no me la sabía; pero ya llegará el momento.

—¿Y ya tienes la de *Pedro Navajas*? —le dije para salir al paso.

—No, me acabo de comprar el último de los Ángeles Azules.

¿Pedro Navajas? Por qué le preguntas eso, entiéndelo, estás aquí, en medio de la noche, en la casa del 10, por fin solos, tú y ella, como nunca, es sólo hoy; como en los cuartos de final, no hay mañana, tienes que dar el todo por el todo, arriesgar, irte adelante, al ataque, no esperar el contragolpe; y eso que todavía no teníamos la maldición de los penales; de haber sabido.

Entonces ya no era yo con el mí mismo que todos llevamos dentro, era yo con por lo menos cuatro mí mismos, igual de pendejos: ya suéltaselo; no, mejor espérate; ah si cabrones, qué fácil ¿no?; ya déjenlo nomás lo distraen; tú qué te metes; qué te metes qué, a ver a ver, ¡uy uy uy!; chéntalo cabrón; sí, sí de un vez, y al final los cuatro *culeis* o más, al unísono: quiere llorar, quiere llorar, quiere llorar; así que, sacado de onda me frotaba la cabeza.

—¿Te duela la cabeza?

—Sí un poco, nomás cuando pienso.

Más risas; ya viste güey, lo que provocas; lo que provocas tú cabrón, a mí ni me vean. Otra sobadita y le digo.

—¿Quieres bailar conmigo?

—¿Aquí?

—No en el baile, que si quieres ir conmigo.

—Pus pa' qué te digo que no si sí. Pero pasas por mí ¿no? a las siete. Porque creo que ya me voy, es que ya es tardísimo y si no me voy no me dejan ir al baile. ¿Seguro que no te duele la cabeza?

Y me quedó doliendo por semanas; porque todos sabemos lo que duele no poder decir: que si tú, que si yo, que si

nosotros, que si tú quieres, porque yo sí, que siempre quise, desde el primer día que te vi —aunque en realidad haya sido el tercero, uno tiene que decir que fue el primero—, que no te imaginas, que esto es algo que no se puede decir así nomás por decir, pero que yo debo decirlo.

Así es esto, pero el día de las agujetas, sólo pude pedir: no te vayas, tengo algo qué decirte. Y ella, bueno, pero rápido, porque ya me voy; y yo frotándome los ojos, es que me duele la cabeza, y ella, entonces me lo dices en el baile ¿sale?... Y se fue.

## Angelita

**E**s cierto que las abuelas cuentan cosas de sus vidas a todos sus nietos y nietas, pero no es siempre así; mi abuela, por ejemplo, era muy callada. Dice mi madre que siempre fue de esa manera y, aunque era cariñosa y nos mimaba, a veces prefería quedarse sola con sus recuerdos.

De vez en cuando nos contaba algo, pero siempre fue... ¿cómo decirlo?... muy especial para contarlas —si es que esto puede entenderse.

Será que yo era la más pequeña de mi familia, pero todos decían que era la consentida y por eso la abuela me traía para todos lados:

«Angelita para allá, Angelita para acá, no hagas eso o hazlo de esta manera»

De vez en vez se ponía un poco seria, me sentaba en sus piernas y empezaba a deslizar sus manos fuertes sobre mi pelo. Mientras me recargaba, con los ojos puestos sobre la ventana, me desprendía de mí, y entre sueños, recorría aventuras con brujas, duendes y monstruos gigantes.

Otras veces, las menos, la abuela —porque después me di cuenta que era la abuela de todo mundo— empezaba diciendo: «cuando yo tenía tu edad, cuando tu mamá era así de chiquita como tú o cuando yo tenía la edad de tu mamá» y me contaba cosas como las que mi papá me contaba antes de dormir, sobre caballeros, castillos y casas como castillos, guerras y personas importantes que había visto en alguna parte.

Tal vez por eso recuerdo bien cuando me contó lo del pensar, para ese tiempo ya era una niña grande, pero niña al fin.

—Esto que te voy a decir —me dijo un día— no se lo he contado a nadie, sucedió cuando tenía pocos años; entonces, mi abuela que se preocupaba por todo, como tú me tienes a mí; día con día me recomendaba ser de una forma y no de otra. ¡Piensa hija!, me decía cuando me sentaba con ella a desgranar el maíz, porque ¿sabes?, antes, nosotras mismas hacíamos las tortillas. Piensa, ya estás grande y cuando echemos de ver vas a estar casada; no seas tonta, no dejes que el tiempo te lleve.

A veces nos agarra la necedad, pensaba yo, como a mi abuela que por un tiempo estuvo diciéndome lo mismo; no tenía idea de qué era eso de pensar aunque siempre le conteste que sí.

Después, no sé cómo ni por qué —dijo mi abuela—, un día me vine a encontrar casada y después preñada y por último con niño.

Creo que siempre fui demasiado joven para entender las cosas. No recuerdo ahora si dejaba a tu tío Toño, que era niño, con mi mamá, pero por mucho tiempo me escapaba de la casa para jugar, y cuando saltábamos en el avión o la cuerda, me empapaba la blusa por la leche que se desprendía de mis senos crecidos en cada brinco. De imaginar lo

que pasé me lleno de vergüenza. Mientras las otras niñas cargaban muñecas, yo paseaba a tu tío Toño y me sentía más que las otras, porque arrullaba a un niño de verdad que comía y hacia popó.

Muchos años más tarde me di cuenta de las cosas que había hecho; y de las que no me gustaron ésta es una de las que no me quiero acordar.

Después, se quedó en silencio, moviendo los dedos de sus manos en mi cabeza. No recuerdo qué tarde me contó esto, sólo que entonces yo tampoco entendí.

Ahora te lo cuento a ti para que de tanto escucharme, empieces por reconocer mi voz.

## Ina y mi abuelo

*M*i abuelo sabía curar.

Bien que me acuerdo de la primera vez que lo vi curar. Fue cuando llegó a su casa otro niño, ya muy enfermo, que hasta ese momento no tenía remedio, tan amarillo y tan flaco que casi no podía tenerse en pie.

Su papá dice que le compremos su petate —dijo la madre—, pero mejor te lo traigo, a ver si me lo regresas. Con ese tono terrible de quien recién ha perdido un hijo, pero todavía con la esperanza de recuperarlo de entre los muertos. Y porque nunca se hace lo suficiente por ellos.

—Dónde se quedó —dijo mi abuelo—, dónde se fue a espantar este chamaco.

—No sé, a lo mejor cuando se estaba ahogando —dijo otra vez su madre—, pero de eso hace ya más de medio año.

—¿Tanto? —dijo al fin mi abuelo—, pues a ver si regresa.

No fue fácil, por una semana mi abuelo luchó de día y de noche. Antes de que saliera el sol, a mediodía, y muy avan-

zada la tarde, le “chupaba” el pulso. Sin falta, a medianoche lo llamaba varias veces, en un cántaro con la mitad de agua donde resonaba su voz ...Adrián...Adrián... primero como un susurro, después con fuerza tal que el agua del cántaro se movía y producía un sonido...shssss...shssss...shssss... como el mar, allá muy a lo lejos.

— ¡Adrián no te quedes ahí que tu madre te llora!

A los siete días y con ayuda de la sopa de mi abuela, Adrián se levantó y salió al sol. Volví a nacer, diría muchos años después, cuando la vida no le alcanzaba para hacer desmadres, borracho y jugador como se hizo, así nomás por nada.

Mi abuelo no nació con el don de curar; ni lo aprendió desde niño porque no le alcanzaba el tiempo para eso; lo fue aprendiendo; poco a poquito y día tras día, cuando ya era grande.

No había empezado la revolución cuando mi abuelo quedó huérfano, por eso quería mucho a los niños; en Yuyuchi y sus alrededores la niñez es muy corta, pero si no tienes padres ni eso te queda.

A los seis años se acasillaba con una familia que, entre la pobreza, no sufría grandes carencias; se ganaba la vida y un peso al mes cuidando una docena de chivos en el monte; siempre me he preguntado cómo es que mi abuelo compró su libertad, porque seguro con el trabajo no es suficiente; pero la realidad es que siempre fue libre.

Es posible que desde ese tiempo hubiera visto al mal que lo persiguió inútilmente; aunque tal parece que nadie lo supo.

—Para qué habría de saberlo la gente —me dijo un día— si tengo amigos que me ayudan.

*“Es cierto que en el monte está el mal, y no sólo en la noche; pero para fortuna nuestra también está el bien, y uno se encuentra al que quiere encontrarse; yo he visto varios, todos son diferentes, como la gente, y ese que me persigue es casi gente, por eso me tiene tanta muina.*

*Así es Ina, que su odio es más grande que el odio de dios y sólo se parece al tuyo o al mío, al odio del hombre”.*

Durante muchos años, incluso casado, vivió en casas y terrenos prestados; trabajó a medias y construyó la mayoría de sus herramientas y accesorios, incluso sus casas, claro que la abuela también trabajó mucho, más de lo que cualquiera merece.

La primera vez que se enfrentó a Ina fue cuando descubrió una hermosa joya en el monte, donde cosechó hasta que quiso, lo suficiente para vivir bien. Ina sostiene hasta hoy que ese lugar era su casa y que fue despojado de ella por mi abuelo.

Antes de encontrarse a Ina mi abuelo vendía sal, primero tenía que caminar medio día para comprarla en la plaza, pero después recorría días enteros con sus burros y mulas de la costa a la sierra; para ir de un punto a otro caminaba 19 días; subía con sal y bajaba con gallinas.

En este tiempo fue aprendiendo a curar, primero a curarse, porque tenía que cruzar muchos aires, algunos muy malos.

Todo mundo sabe que la gente se enferma por el aire y que un mal aire puede matar, por eso iba recogiendo de aquí y de allá manojitos de yerbas; desde entonces su casa se llenó de ellas y tuvo que construir otros jacales porque a un tiempo no se podía entrar.

Dejó de vender porque en un cerro un chaneque no lo dejó pasar. En ese año mi abuelo no sabía qué hacer, después se reiría del asunto cada que venía a cuento; a los tres meses empezaron a construir la carretera y cuando pasó por el cerro del chaneque, en un accidente murieron tres trabajadores y después siguieron muriendo en accidentes, hasta que corrieron al chaneque. La gente hizo misas y llevaron a varias brujas y brujos para limpiar el lugar.

Para esos días seguro ya había iniciado su personal lucha con Ina, que duraría tanto tiempo.

Cuando mi abuelo dejó de vender se había podido comprar un solarcito muy afuera de Yuyuchi, donde por fin había construido su casa, se dedicó a sembrar, pero la tierra era muy mala, no daba para todo.

*“Bien que me acuerdo —me dijo— era el mes de abril, además que esas cosas no se olvidan así como así, en esos días en que la luna es nueva me fui tempranito a juntar yerbitas, muy apenas verdeaban los campos, pero el monte siempre tiene sus secretos; en realidad él me llevó, pues ese día mientras juntaba las yerbas, me empezaron a pegar unas piedritas en la cabeza, yo me levanté divertido, seguro son unos chamacos, pensé, pero no vi nada; cuando me agaché, otra vez las piedras, pero ahora eran más grandes, entonces me dije, estos no son chamacos y que me jalo pa’ donde venían, ahí fue donde me di cuenta del lado débil de Ina, muy apenas lo puedes ver, si tienes suerte, pero no lo puedes tocar.*

*Apenas a quince metros del lugar, había una joya que tenía humedad para todo, de las partes altas se filtraba el agua de tal forma que sólo dejaba pasar la humedad; no se apartará de mis ojos la primera vista que le eché, era sólo luz y color.*

*Nadie había penetrado a la joya por temor a Ina, pero así es la suerte, por más que quiso, Ina no pudo más nada.*

*Si el duende está contra ti, sólo a ti te puede tocar, no le puede hacer nada a tu familia, por eso me persigue”.*

Cuando empezó a sembrar la joya en un apartado lugar de las tierras comunales, pensó que Ina no dejaría crecer la milpa, pero se convenció con los meses que Ina no podía hacer algo contra las plantas, incluso no molestaba a los animales; sólo *Brus*, el perro siempre fiel de mi abuelo, se molestaba cuando Ina merodeaba el lugar.

En esos primeros días Ina molestaba en todo momento a mi abuelo, incluso se metía en sus sueños.

Por eso tuvo que hacerle frente, cuando la luna estaba vieja llevó una vela a la joya, antes de que saliera el sol, y con la claridad del amanecer le preguntó a los cuatro vientos.

—¿Quién eres y qué quieres?

Al instante el ambiente se hizo más denso, el aire más intenso y con el roce de las hojas se empezó a escuchar *iiinn-naaa...iiinnnaaa*.

—Soy Ina y esta es mi casa, le dijo por fin.

—Tú no la necesitas, dijo mi abuelo.

—Pero no quiero a nadie aquí.

—Pues a ver quién se va primero, alcanzó a decir mi abuelo cuando los primeros rayos de sol tocaban la punta de los árboles.

Pero ninguno de los dos se fue.

Mi abuelo se dedicó a sembrar la tierra, y cuando tenía enfermos, curaba; sólo lo iban a ver los graves, y se enojaba cuando alguien quería que lo curara de cualquier cosa; a los enfermos les enseñaba a vivir bien con el monte, estas yerbas sólo crecen allá y son para reponernos, solía decir.

Todavía recuerdo la cara de asombro que puso cuando le pregunté por qué se peleaba con Ina.

*“Por lo más valioso que hay en este mundo —me dijo— nunca hubo ni habrá mayor tesoro que la tierra, por la tierra estamos vivos, es como la madre generosa que nos toma entre sus brazos cuando nos vamos; sí, somos polvo, pero además agua y calor; la tierra te da el calor de la vida.*

*Nada ni nadie puede ser dueño de la tierra, somos de la tierra.*

*La tierra envuelve la vida y la muerte, el mal lo sabe, por eso busca cobijarse en ella, no ha habido jamás alguna criatura que haya pisado la cara de la tierra que no tomara su poder de la misma tierra; la maldad más inmunda necesita de la tierra.*

*Cada uno tiene un lugar donde la tierra lo llama, algunas veces es el lugar donde nacemos, pero otra donde uno se va a morir; esto no se aprende, sólo se sabe; es cierto que en todas partes la tierra puede ser buena, pero uno sabe cuando ese lugar no le corresponde, la misma tierra te lo dice.*

*La tierra no es generosa con todos, sólo te da lo que quieres tener, si siembras y cultivas, cosechas, si convives con el monte te protege; pero si nomás quieres sacar provecho o le haces daño, en poco tiempo se vuelve contra ti.*

*La tierra es la vida, si quieres tener buena vida, procura tener buena tierra”.*

El abuelo tenía la magia de hacerte ver el mundo con otros ojos, de la forma más sencilla, jamás he vuelto a ver a la tierra como el lugar donde se ponen los pies al caminar, ni el horizonte como el fin del mundo.

Ina trató de matar muchas veces a mi abuelo, como a tantos otros que se le cruzaron en el camino; sin embargo, sólo pudo hacerle daño cuando no estaba atento lo suficiente.

Una noche sin luna, cuando regresaba de un bautizo, con un poco de mezcal en la cabeza, se encontró en medio del camino a un hombre, con traje de charro, sobresalían en la oscuridad sus botones de plata.

—Buenas —le dijo— ¿A dónde vas?

—A mi casa —dijo mi abuelo—.

—Estoy buscando una fiesta ¿Me puedes llevar?

—Hasta aquí has venido por el camino bueno, sólo te falta llegar.

—Esta bien, pero un trago si que no me lo vas a despreciar.

Le dio a mi abuelo una botella repleta de mezcal, éste sólo se encogió de hombros, pero cuando empezó a tomar vio a través de la botella que no era un hombre.

—¡Jueputa! —le gritó— no me volverás a engañar.

Un aire helado lo empezó a cubrir, la noche se puso más negra, a lo lejos aullaban los perros y la risita de Ina recorría los caminos.

Amaneció a casi mil quinientos metros del lugar, con golpes por todas partes; mandó por su machete que fue encontrado a un lado del camino, donde lo dejó.

Al día siguiente fue por su espíritu, con media botella de aguardiente, sietemachos, contradeaire y quince yerbas distintas en su morral.

—No te quedes ahí tirado, ¡levántate!

Se dijo mirando el camino, porque en realidad una parte de él se había quedado tirada. Regresó entero pero molesto.

—Maldecido —dijo— si me emborracho, me mata.

La última vez que lo tocó, mi abuelo estaba cortando leña de un árbol no caído, siempre cortaba las ramas muertas o inútiles, sintió un fuerte tirón del pie y cayó a más de cinco

metros, se rompió el hueso de la pierna; a un lado de él Ina se dolía de todo el brazo y el cuerpo.

—Si me vuelves a tocar —dijo mi abuelo— te vas conmigo.

Le propinó tan fuerte bofetada que Ina giró el bulto, poco a poco se fue desvaneciendo hasta que sólo se oyó un llanto; pasaron varios meses antes de que apareciera de nuevo, más de los que se llevó mi abuelo en poder dar su segundo primer paso.

Una vez vino a verlo un señor que le decían el doctor; viene de otra nación, dijo mi abuelo, se quedaba en su casa y lo acompañaba al monte, a veces pasaba más de un año para que regresara, vino a visitarlo varias veces. La última vez que apareció sólo estuvo dos días, y me acuerdo muy claramente cuando mi abuelo le preguntó ¿estás seguro que no viste a dios? y el doctor se quedaba en silencio; para ese tiempo ya había dividido su vida en dos partes, una grande para beber aguardiente y una muy pequeña para curar.

El doctor, después supe, había nacido cerca de Cartagena y toda su vida la había dedicado, hasta entonces, a curar; regularmente recorría por tierra desde el centro de México hasta el norte de Sudamérica; visitaba a sus amigos, doctores y doctores todos, llevaba y traía cosas de un lado a otro, en algunos lugares no le decían doctor, sino hermanito; siempre quiso ir más allá en eso de curar.

El hermanito aprendió a operar también de grande, filas interminables de pacientes lo esperaban, en sus mejores tiempos, donde vivió por muchos años y murió: Acolhuacan, tierra de sus tres amores; en cinco minutos operaba de cualquier mal —tumor, agua o arena— del cuerpo y los pacientes salían caminando como si nada, curados como debe ser.

La gente decía que su poder estaba en la mente y algo de eso tenía porque cerraba los ojos en cada operación; sabía que lo más doloroso era abrir la carne y que además era lo más difícil de sanar; por eso aprendió a operar y a cerrar la herida con un calorcito que surgía de frotar sus manos.

Es una lástima decía la gente después, cuando lo veían caerse de borracho y dormirse entre los perros y la mugre, tanto poder y no poder nada con la vida.

La noticia llegó tarde, pero a tiempo para mi abuelo, recibió un telegrama dos semanas después de que había llegado, porque ya no iba tan seguido a la plaza; “El hermanito dejo de viajar”, se puso triste, pero sólo dijo, “fue a dios”.

Siguió sembrando y criaba sus animalitos, porque nadie tiene derecho a cobrar cuando cura, solía decir.

La mayor parte de su siembra era de temporal, incluso la joya, húmeda de por sí; en la luna llena de mayo, sin falta, sembraba todas sus parcelas; para arrancar la yerba de las parcelas se ayudaba mutuamente con sus compadres y después con sus hijos, primero en la de sus compadres y luego en la suya, vamos a la *manovuelta* nos decía, y salía el abuelo con sus hijos y nietos a campo abierto, el cultivo y la cosecha necesitan todas las manos pero un solo corazón.

En la región de Yuyuchi la yunta casi es sagrada, trabaja los días que se necesitan, pero el resto del año viven mucho mejor que cualquier animal.

Algunos, como mi abuelo, rayan la parcela con la yunta desde enero, cuando toca sembrar la yunta pasa haciendo el surco y el sembrador deposita la semilla en el fondo, ya crecida la milpa hay que arrancar la yerba que no sea útil, y muy pocos labran con la yunta, antes de encajonar.

Cada tercer día mi abuelo recorría sus parcelas, parece que platicaba con las plantas, a veces con todas y otras con cada una.

*“Las plantas nos escuchan —me dijo un día— por eso uno tiene que escucharlas a ellas”.*

Muchas veces fui para ver qué me decían, pero nunca quisieron hablar conmigo, tienes que hacer amistad, decía mi abuelo.

Un día me levantó a oscuras y me pidió que lo acompañara a recolectar sus yerbas, durante el camino nos amaneció, habíamos juntado una buena cantidad cuando sus pasos nos llevaron a un desfiladero, desde ese lugar dan ganas de volar, nos sentamos un rato para ver el horizonte, y ahí fue donde me preguntó ¿quieres aprender a curar a la gente? Como no supe qué decir ya no insistió, seguro a él le hubiera gustado que dijera que sí, pero aún hoy no lo sé.

Mi abuelo nunca buscó algún discípulo, *“si alguien quiere que venga”* repetía una y otra vez ante los necios, no se preocupó porque su forma de curar se acabara, *“sólo quién no ha visto algo como Ina puede pensar semejante cosa”*.

No hace mucho, cuando a Yuyuchi llegó el primer doctor de bata blanca, mi abuelo lo fue a recibir, era un chamaco que cuando supo que mi abuelo curaba le empezó a decir doctor; simpatizante de la homeopatía solía platicar con mi abuelo por las tardes, ambos coincidían en que la mayoría de las enfermedades estaban el aire, así fue como mi abuelo conoció las vacunas y la penicilina.

Ina tenía muchas cuentas pendientes en Yuyuchi, siempre que le hizo daño a alguien murió; del susto les quitaba el espíritu y casi ya no había poder humano que los curara; hasta que mi abuelo se le enfrentó; *“sólo puedes contra algo como Ina —decía— cuando va a salir el sol, pues a esa hora están medio despiertos”*.

Cuando alguien enfermaba en el monte, mi abuelo lo curaba, si no, se morían; tenía que limpiarlos con sus yerbas,

pero siempre al amanecer iba por cada alma al lugar donde se hubiera quedado.

Ina procuraba decirle a mi abuelo lo que iba a pasar, pero sólo lo malo, si alguien se iba a morir y era familiar de mi abuelo, lo empezaba a presionar desde muchos días antes, cuando esto ocurría ya no había remedio. No hace un año que llegó a decirle, *“tu hijo el mayor se va a ir, no le hace que tú estés aquí”*.

Ese día cuando lo vi me di cuenta que algo había pasado.

—¿Cómo estas abuelito? le dije.

—Aquí, tristeando hijo.

Seguro las cosas no estaban bien, un ambiente tenso nos rodeaba y mi curiosidad pudo más.

—¿Quién se va a morir abuelo?

—Todos hijo, estamos a la buena de dios, sólo a la buena.

La pérdida de su hijo fue lo que más le afectó durante toda su vida. Nada duele más que la muerte, ni hay muerte más atroz que la de un hijo; de ésta ya no se pudo recuperar, ya no quiso.

El abuelo se fue apagando como la tarde, de a poquito, *“me llevas a la joya”*, me dijo, así Ina quedará atrapado.

Hace un rato mi abuelo hizo su último viaje al valle del silencio, por eso Ina está enfrente de mí, le ha tocado la cabeza y le ha dicho al oído: *“a ver si cumple”*.

## Abuela, seguimos vivos

**P**rimero se le pone un poco de azúcar al gusto, la botella debe ser de cristal, si es de coca mejor, hay que estar en contra del imperialismo; después se agrega gasolina, debemos tener cuidado de que no quede muy llena porque se puede tirar y en tiempo de vacas flacas lo mejor es ser ahorrativo, ¡fíjate!; es preferible que las tiras de trapo —para cubrir la boca de la botella— sean de algodón, absorbentes; hay que dejar fuera un pedazo considerable para poder prenderles fuego antes de arrojarlas.

Tenemos tres mil doscientos ochenta y siete cocteles listos, me duele la espalda de tanto estar agachado para llenarlos. Me acuesto sobre la banca de cemento del parque, es reconfortante, ya es de noche pero no se ven estrellas en el cielo, todo es gris.

El templo está vacío, esperamos...

Nos han dicho que la policía especial ha cercado nuestro pueblo, quieren desaparecernos, borrarlos; aunque de principio sólo reclaman nuestra tierra.

Dicen que es un páramo, como el desierto, pero es lo único que tenemos, es nuestra vida, nuestra raíz, donde descansan nuestros muertos. Ya sé que esto no les importa, para ellos no somos nada, da lo mismo si estamos vivos o muertos, aunque nos prefieren muertos.

Ellos han llegado por la fuerza, nosotros hemos estado aquí por siempre, los abuelos de nuestros abuelos y más atrás, ya cuidaban este lugar; cientos y cientos de años de nuestra historia nos pertenecen.

Esto no es de ahora, siempre hemos luchado por lo nuestro, por lo que somos, preferimos la paz, la insistencia, la razón que nos asiste, hemos portado los papeles que nos han dejado los mayores desde que tenemos memoria.

Y seguiremos, no tenemos otro destino.

Este último conflicto ha sido doloroso, primero alzamos la voz, dijimos nuestra palabra; fuimos a las calles, solicitamos, pedimos, exigimos; pero no éramos vistos, a ellos les da igual el silencio o la palabra.

Sólo reclamamos nuestro derecho a la vida, a elegir cómo queremos ser, a darnos nuestro lugar, a cambio, tenemos indiferencia.

Esta mañana hemos sido sorprendidos, en la calle, manifestándonos. La policía especial tendió una emboscada, salieron de los campos, de los vehículos civiles, bajaron de helicópteros, llegaron después las tanquetas, indiscriminadamente nos atacaron: gases lacrimógenos, toletes, macanas, balas de hule y de las otras. Ahí quedaron mal heridos y tal vez muertos decenas: hombres, mujeres, niños, ancianos; para ellos es lo mismo, somos nosotros, simplemente los otros.

Siempre van sobre los líderes, eso creen, pero nosotros somos todos, cuando alguien falta, otro ocupa su lugar, sólo así hemos sobrevivido, cientos, miles de años.

Ante sus armas, sus gases, sus tanquetas; tenemos piedras, palos y deseo de sobrevivir.

Cerramos caminos con piedras, palos y llantas, les prendimos fuego; poco a poco fue creciendo la fila de los camiones, cruzamos algunos para que bloquearan los accesos principales.

Los helicópteros sobrevuelan nuestro espacio aéreo, sabemos que el ejército se acerca, esperamos...

Tres cuetes truenan a lo lejos, son las dos y media de la mañana, algunos con sueño vamos, acudimos al llamado, llevo mi encendedor, desde que escogí esta tarea ya no fumo, tengo el olor a gasolina en los huesos.

Llegamos al retén, no es nada, acaso una fiesta a lo lejos, será San Pablo o San Pedro, no, eso fue hace quince días.

Regresamos tensos, no sabemos qué pasó con nuestros hermanos, mi tío Juan no aparece, a Nacho y a Adán seguro los agarraron, pero dónde están, nadie sabe nada.

La zona de guerra ha quedado de nuestro lado, nosotros ponemos a los caídos, resistimos.

Junto al café, doña Tomasa bosteza, cabecea a ratos, a sus setenta y siete años ya no quiere nada, sólo que la dejen en paz, morirse en su tierra a gusto, una mañana con sol y pájaros volando hacia el lago, que le digan: abuela, seguimos vivos.

Su nieto duerme en su regazo, Luis tiene once años, dos meses y veinte días: los cuento —dice— porque ya no quiero ser grande, no quiero ir a la escuela, no quiero ir al campo, ya no quiero ser yo, quiero ser otro, alguien que salga de su casa sin miedo. Ahora duerme... No despiertes, pienso, me muerdo los labios, me agacho, un nudo en la gargan-

ta me ahoga, camino, los ojos quieren llorar, yo no, ya fue suficiente.

No aparecen sesenta personas, la búsqueda sigue, a dónde vamos a llegar, ya no hay salida, sólo la espera...

Me acuesto en la banca de cemento, es fría, cierro los ojos, ¿qué hora es cuando ya no quieres despertar?

Hace unos años cuando iba con mi abuelo Abel a la parcela, se me hacía inmensa. El trabajo era duro, cuando le ayudaba a abonar la tierra; la urea es como azúcar, finita, blanca, más blanca que la luna llena a media noche; en unas cubetitas de seis litros íbamos arrojando puñitos en las matas; es fácil, sólo hay que meter la mano como cucharita, alcanzar lo que se pueda y dejarlo caer en las plantas, al pie, claro; un surco, dos, tres; todo bien, pero con el sudorcito de la mano, poco a poco la urea se pega, en verdad es cómo azúcar, pero no es dulce, revienta la piel, en poco tiempo está la carne viva, primero un puntito, como un piquete de mosco, pero va creciendo más y más, luego ya no puedes, la urea duele, penetra...

Mi abuelo viene caminando, trae su gorra de lana en la cabeza, abajo del sombrero; se sienta a mi lado, pone la mano en mi cabeza, ¿duermes?, pregunta; sin abrir los ojos le digo que sólo descanso, que no es hora de dormir.

Tu tío Juan está muerto, me dice. Enciende un cigarro, me quiero levantar, su mano regresa a mi cabeza, no te levantes, descansa, ya no hay nada qué hacer, sólo esperar a que amanezca.

Abro los ojos, la claridad del día baja poco a poco, pero una fina nube lo impide. Se los decíamos aquí hay neblina. Me levanto, no veo nada, ni a un metro de distancia... sacudo mis zapatos, mi ropa... no es neblina, es polvo.

Alguien se acerca, alguien que sabe que estoy aquí, es mi abuelo; vamos a la parcela, me dice, hay que desyerbar, este año tendremos buena cosecha.

Lo sigo, no veo nada; sólo este silencio que me hace temblar... hasta los huesos.

## No me llamo *Salinas*

*Para Isa y Manuel Uribe*

*H*abía una vez un niño con el pelo lacio, lacio, lacio, que le gustaba jugar en el salón de clase cuando la maestra Juanita dejaba los ejercicios. Suragimenel Matusalem del niño Jesús Reverte de Gortari —así se llamaba el susodicho pero todos le decían *Salinas*— se ponía a hacer bolitas de papel y a ver los pajaritos por la ventana.

Así que cuando la maestra pedía los resultados Salinas se escondía detrás de su compañerito diciendo para sus adentros: A mí no Juana, a mí no Juana, a mí no Juana; pero Juanita que no tenía un pelo de tonta aunque aparentara lo contrario, siempre le decía: Matus, Matusito, dime la respuesta. Y *Salinas*, compungido: es que todavía no termino; esa era la clave para reírse con ganas durante cinco minutos.

Es cierto que algunos, siguiendo el diminutivo de la maestra, le habían llamado alguna vez no sólo Matusito, sino tucito o tucita, pero *Salinas* inmediatamente tomaba cartas en el asunto, sólo lo hacía una vez, con toda propie-

dad y muy serio, increpaba al chistoso y le decía: mi nombre es Suragimenel Matusalem del niño Jesús Reverte de Gortari, pero si no te lo puedes aprender, sólo dime Suragimenel o nada. Y santo remedio, le seguían diciendo: *Salinas*.

Así era la vida de gris para *Salinas*, y así habría seguido de no ser porque un día, el menos pensado, de esos en que crees que ya nada puede suceder, llegó...

Juanita entró al salón de la mano de una hermosa niña, pelo lacio, lacio, lacio, con sonrisa chispeante y manos delicadas: niños, les voy a pedir que traten con mucho afecto a su nueva compañera Ara Martínez González; después supimos que se llamaba Arabesca de los Tulipanes, pero eso fue hasta que entregaron las boletas de fin de año.

Pues bien, desde ese día se acabaron las pajareadas, que era ver los pájaros por la ventana mientras los demás hacían ejercicios.

Los ojos de *Salinas* se quedaban en el pelo, la nariz y los labios de Ara. Poco a poco, sin que nadie se diera cuenta sacaba una bolita de papel y se la aventaba, cuando Ara volteaba, primero divertida y luego fastidiada, no veía a nadie, o mejor dicho veía a todos, pero trabajando, y *Salinas* con su carita de *a mí que me esculquen*; entonces sí se ponía a hacer los ejercicios y eso porque le dio mucha pena cuando, el primer día, Ara se incorporó a la risa de sus compañeros cuando articuló su clásico: “es que todavía no termino”.

Entonces *Salinas* terminaba antes que todos y levantaba la mano, pero Juanita sabía como ninguna, ya no le preguntaba, aunque sus compañeritos le decían a coro: *Salinas* levantó la mano, maestra.

En su casa todo mundo estaba extrañado, pensaban que el pequeño Suragimenel estaba enfermo pues se comportaba muy raro, ya no dejaba sus calcetines tirados en la escalera, ni sus zapatos en la sala, ahora sí se quería bañar, habían

terminado los sermones para hacer la tarea y antes de salir a la escuela se peinaba cinco veces.

En sus cuadernos pintaba corazones con la A y la S, pero después quitó la S porque no fuera a ser que cuando lo vieran dijeran: miren al *Salinas*, está enamorado de la Amalia.

Pues bien, poco a poco *Salinas* empezó a sentirse diferente, después de la euforia, de tanto trabajar, de levantar la mano en clase, de lavarse los dientes tres veces al día y pedirle a su ángel de la guarda todas las noches que Arabesca le hiciera caso, no pasaba nada: ella ni lo veía ni lo oía; entonces se puso triste y no sabía por qué, fue cuando escribió en su cuaderno:

*Tengo la dulzura ante mis ojos y es amarga.*

Así fue como enfermó de verdad, los calcetines volvieron a la escalera y los zapatos a la sala; ¡ah!, y pudo descansar el cepillo de dientes y el jabón.

Pero lo más grave fue que *Salinas* perdió el apetito.

Entonces lo llevaron al médico, le hicieron análisis de todo, su madre le tomó las muestras y lo llevó un día en ayunas para que le sacaran sangre.

La sorpresa fue mayúscula: *Salinas*, otrora gritón, berinchudo y grosero, sólo extendió la mano y se quedó con la mirada lejana, alcanzó a escuchar: ¿todavía te duele hijito?, cuando iban camino a la escuela y una lágrima había salido de sus ojitos negros, y él dijo que sí que era un dolorcito pequeño que nunca se le iba a quitar y ella dijo no exageres, sólo fue un piquete.

Al entrar a la escuela, ella estaba ahí, menuda, con su nariz respingada, sonriente, y se le acercó al ver su tristeza y sus lágrimas.

—¿Por qué estás triste? —le dijo.

—Porque tengo un dolor aquí —*Salinas* tenía la mano pegada al pecho.

—¿Te duele el corazón?

Pero él, a quien ya le temblaban las piernas, extendió el brazo, el algodón casi negro que le cubría el piquete se levantó y ella, impresionada: ay *Salinas* cuídate esa herida. Él, molesto, sólo alcanzó a decir: yo no me llamo *Salinas*, y se fue al salón.

La recuperación vino pronto, con las cucharadas de complejo B-15 y aceite de hígado de ballena sabor frambuesa, pero sobre todo porque Arabesca ya no le decía *Salinas* sino Matus y le había preguntado al día siguiente ¿cómo estás ahora, Matus, cómo sigues de tu enfermedad?, y le había deseado suerte.

Todo había sido tan rápido o tan lento que una semana más tarde terminó el año escolar y nos enteramos que Arabesca de los Tulipanes se iría a vivir y a estudiar a otra ciudad.

Así que *Salinas* alcanzó a escribir en la última página de su cuaderno:

*He visto la dulzura y en verdad os digo que era amarga.*

## Aprendí a leer en La Habana

*Para Marco, Pedro, Barrera y Juan*

Sólo sé que vivía en La Habana, al oriente de Tláhuac la bella, pasando el panteón; dicen los que saben, y cuando no saben lo inventan, que antes de que las casas se posaran ahí, era un vergel, un lugar predilecto para sembrar habas, que se llenaba de flores que después serían vainas, que la referencia para llegar a algún lugar cercano era: “por allá donde las habas”; no tengo idea de cómo pasó de un lugar de habas a La Habana, e incluso sólo pienso que es una ocurrencia, pero no recuerdo otra explicación. Pues ahí fue, un día sin más sucedió.

Creo que empezó por diversión, no recuerdo muy bien cuándo aprendí pero debió de haber sido ya de grande, como por tercero de primaria.

Nunca fui un alumno de diez, era más bien regular, no obstante que mamá suele decir a veces que era vivillo desde chiquillo, pero bueno, es mi mamá; lo cierto es que no estuve en el cuadro de honor, aunque en el último ciclo arañé los primeros lugares y me incorporaron a la escolta.

Mis primeras lecturas aparte de las escolares fueron el *Kalimán*; *Águila Solitaria*; *Lágrimas, risas y amor*; y a veces *Memín* o la *Familia Burrón*.

El *Kalimán* era un cuento —porque todas las revistas eran cuentos— de tamaño familiar. Lo recuerdo de tamaño grande, como los libros de arte. Aún tengo en la nariz el olor a papel y tinta que me quedaba para mí solo cuando por fin me dejaban leerlo, después de haber pasado por los más grandes, entre mis hermanos, primero, y después los cuates.

Todo era cuestión de jerarquía, los de adelante corren mucho y los de atrás éramos los más pequeños.

Mi hermano mayor fue el proveedor de estos momentos placenteros porque trabajaba y se podía comprar lo que quisiera, o mejor dicho lo que le alcanzara.

Así, bajo la premisa de “serenidad y paciencia Solín, mucha paciencia”, viajábamos por el Cairo, Estambul, Suiza, Nueva York, Mongolia, la India o de plano por toda África; persiguiendo a Karma, Humanón o cualquier otro villano de gran talla.

Nos hicimos ávidos lectores y esperábamos puntualmente cada semana nuestro turno para meternos al mágico mundo de la historieta.

Por esos años mis padres pusieron una pequeña verdulería —ahí sobre la antigua Jacarandas, el corazón de La Habana— y frecuentemente nos tocaba cuidar el puesto; ahí aprendí a hacer operaciones matemáticas, a distinguir entre las frutas y su punto de madurez y a reconocer la sección de espectáculos y deportes en los periódicos.

El plátano solía empacarse en huacales y según parece una gran parte de esos huacales eran fabricados en San Jerónimo Amanalco; para que los plátanos no se maltrataran eran envueltos en papel periódico; cuando llegaba la fruta, cada tres o cuatro días, nos poníamos a acomodarla en los

travesaños, y después había que acomodar el papel para empaclar las compras de la gente.

Los plátanos los acomodábamos de volada, pero los periódicos nos llevaban una eternidad, aunque fueran de un año antes, nos entreteníamos leyendo cualquier cosa, de deportes, espectáculos, anuncios y uno que otro crimen.

Me divertía mucho la cartelera, el burlesque; recuerdo con claridad puestas en escena como *El coyote cojo* y *La ñonga* o películas como *Tívoli* y *La viuda negra*.

Una de mis columnas favoritas era la de Pregúntale a La Mont, que salía en *Excélsior* y se refería a consejos cotidianos o dudas, desde cómo quitar la mancha del vino tinto en la ropa hasta a qué velocidad corre el chita en la sabana africana.

A veces llegaban suplementos, con fotos a color en papel blanco y brillante, aunque no recuerdo haber leído literatura.

Era obligada la búsqueda de tiras cómicas, ñoñas hasta la chingada, pero el *Excélsior* traía una página completa de Mafalda.

Los últimos años de la frutería, en que a mi carnal y a mí nos tocaba ir a la Central de abastos, ya comprábamos *La Jornada* en el puesto de periódicos, eran sus primeros días. En realidad yo no sabía de ella, pero mi carnal se volvió lector jornalero compulsivo, de esos que recorren los puestos si ya no está en el habitual; aunque yo leía algunas partes, me parecía una mamada ponerse de mal humor si ya no se encontraba.

Hasta que después yo también me volví lector jornalero compulsivo, pero ahora estoy curado.

Volviendo a mis días de púber, ya en la Secun —la cuarenta y siete en San José, la nunca bien ponderada Quetzalcoatl— se diversificó el asunto; tenía un buen compañero que llevaba el muy acertado mote de el *Boba*, que solía sa-

car muchas boberías y se ponía de pechito para ser escarnio de los demás; sin embargo, era un buen tipo; a mucha distancia de los hijos de maestros o del licenciado.

Tuve otros amigos, con los que hacíamos la parte formal, como tareas o exposiciones en equipo; además salíamos a menudo por las tardes o noches, a caminar o en bicicleta; pero las tardes con el *Boba*, ésas, son otra historia.

Su papá tenía un taller como *Ciro Pera Loca* —al fondo de San José, un par de calles más acá del canal—, en realidad sólo era un taller, pero en esos días se podían hacer muchas cosas; un día, por ejemplo, pulimos el cristal de mi viejo reloj que además estaba estrellado, quedó de *lux*; otro, le pusimos mango a un machete marca Acme con pasta para tapar carros; otro más empezamos a hacer un ajedrez con un torno que su papá le había hecho *ex profeso*, nunca lo terminamos.

A veces jugábamos ajedrez, pero generalmente yo terminaba encabronadísimo porque al pasar su padre o su tío, le soplaban las jugadas; en su casa jamás se cumplió la regla de “los mirones son de palo”; pero unas veces, más bien pocas, salía avante y no cabía de felicidad; aunque procuraba no ser tan efusivo porque a su padre le daba por decirle “ah, cómo eres pendejo”.

No recuerdo cómo se llamaba el *Boba*, pero parece que fue hace una semana cuando me dijo: “si te gustan esos cuentos llévate los”; e *ipso facto*, los metimos en una bolsa de plástico que tuvimos que reforzar para el larguísimo viaje, que en verdad fue largo como la chingada. Ya me veo cargando todo ese tambache de papel, sudando la gota gorda y descansando en cada esquina, hasta mi chante, en La Habana, sin pasar por el centro de Tláhuac la bella.

Eran unos fabulosos cuentos de *Conan el bárbaro*, pinchecientos capítulos y a partir de entonces en las luchitas ya

no pedía ser el Santo, el Demonio azul o el Mil máscaras —mi favorito— sino Conan, cierto que me veía obligado a ganar, aunque casi nunca lo lograba.

Entre estos cuentos, todos de formato grande, había unos ejemplares raros, historias completas de terror, con rigurosos monitos; recuerdo varios de vampiros, de duendes del metro, de la mano asesina —no la mano peluda, sino la mano de alguien que actuaba por sí sola—, de muertos vivos y demás vainas que me ponían los pelos de punta por las noches.

Al escribir estas líneas pienso que debería dedicarlas al *Boba* con cariño. Cierta día el multicitado personaje me prestó un libro sin monitos, una edición de “Sepan cuántos” ya gastada por el uso; y por varias semanas ocupé mis tardes en leer las *Narraciones extraordinarias* de Edgar Allan Poe.

Esto no le agradó mucho a mi madre que siempre tenía alguna tarea para mí, pero con el menor descuido otra vez estaba leyendo.

Pensándolo bien, detrás de la escuálida imagen del *Boba*, ese niño más niño que todos los demás, se escondía un ser contrahecho llamado al delirio y al terror; le brillaban sus ojitos y sacaba los colmillos cuando recreábamos los pasajes del dentista con sus instrumentos en la mano en Berenice; cuando veíamos a un gato y aunque no fuera negro me decía, ¿te lo imaginas sin un ojo?; o cuando preguntaba, ¿qué harías si fueras enterrado vivo?

Un par de años después de la Secun, me lo encontré en el pesero, que ya empezaban a ser “peseras” y nos matábamos de la risa cuando alguien de los cuates los llamaba por ese nombre; pues ahí venía el *Boba* con su cara de niño, cuan flaco puede ser un joven pero un poco más alto. Y caminando en el jardín de Tláhuac la bella insistía en venderme una

pistola que según él traía consigo. ¿Quieres verla?, me dijo. ¿Para qué cargas pendejadas, cabrón, con una madre de esas te puede llevar la chingada en cualquier momento?, así es esta chida ciudad de miércoles. No volví a ver al Boba, pero me divierte pensar en un fin trágico, un enredo policíaco en el que no es descubierto, pero con la angustia siguiéndolo a todas partes.

Por otro lado, y no sé a razón de qué, en la casa había algunos libros, durante esos años nadie compraba libros, seguramente fueron regalados junto con otras cosas que a sus dueños no les servían.

Muchos años después recuerdo haber rehabilitado uno de filosofía, que sólo tenía el prólogo fechado en Tucumán; con su riguroso forro de cartulina azul, me sirvió para pasar mis materias de filosofía y no fue sino hasta hace muy poco que lo encontré en una biblioteca y supe que era de un tal Morante.

De ahí también tomé *Corazón, diario de un niño* de Edmundo de Ámiciis, y pude alternar esta lectura, a veces un tanto ñoña pero fascinante, con mis dosis de terror.

Algunas veces que mis cuates de la secun me iban a ver para jugar, salía con el libro en la mano para no perder la página y si se sorprendían de que estuviera leyendo algo sin monitos, la sorpresa era mayúscula cuando veían lo que había leído; ¿y todo eso has leído? ¿cómo aguantas, cabrón?

Así fueron las primeras páginas, pero estoy de acuerdo con Rulfo en que leer mucho nos vuelve flojos, también soy un ejemplo, le hago culto a la güeva aunque casi siempre acompañado de un libro.

## Un poco de sal de mar

*Para Amaranta Luna*

**U**n día llegó Flor de Liz, así nomás, y me dijo que ya no quería ser mi novia. No pude salir del silencio, ella empezó a llorar y yo como pendejo sin poder hacer nada, sin saber qué hacer; entonces le pregunté, ¿ya no me quieres?, ella dijo: no.

No te creo, le dije y entonces empezaron a salir las lágrimas de este cuerpo de piedra que siempre le ha huido al dolor.

Por favor, sólo te pido que no digas nada de mí, como si no me conocieras, ni bueno ni malo.

¿Eso es todo?, ¿un día de pronto se acaba?, ¿tengo que borrararte y ya?, ¿borrar los besos?, ¿las caricias?; ¿cuando fuimos al parque, cuando estuvimos en el circo, cuando fuimos a la montaña, cuando cayó nieve? ¿Cuando lo hicimos por primera vez? No te creo, no te creo, no te creo...

Fui a la prepa, pero no podía poner atención; esa tristeza se mete hasta los huesos y no hay forma de sacarla aunque pasen meses o años. No encuentro mi lugar, sigo buscando.

Como Liz no pudo ir a la prepa, saliendo de la secun se buscó un trabajo en la empacadora de aguacate. La cooperativa reúne los aguacates de todos los ranchitos, bueno, ellos lo llevan y les pagan una parte, cuando se vende les dan lo demás.

Ahí se conocieron: primero se veían, sin que nadie se diera cuenta, sonreían y luego cada quien a lo suyo, varias veces pensó que no estaba bien, que era mi novia y que tenía que portarse seria, pero él se acercó poco a poco, como la humedad; en el desayuno se reunían en una mesa todos los jóvenes, que no eran muchos, nueve o diez, los demás eran mayores, bueno, de treinta y cuarenta. Entonces él hacía chistes, la hacía reír. En esa mesa surgió la idea de hacer el equipo de básquet para jugar contra la refresquera, el ayuntamiento, la secun y el bacho.

Pero yo jugaba fut todos los domingos a mediodía, era el timonel del equipo, ese año me habían nombrado capitán; cierto, César, Noé y Teodoro tenían más goles anotados, pero yo les había dado varios pases y jugadas; no me interesaba ser goleador, sólo jugar.

Cuando me dijo que estaba entrenando para la liguilla de básquet, me dio gusto. Órale, ¿y cuándo juegan?, no tenemos fecha, pero pronto; y fue pronto. Vamos a jugar los domingos a las doce, me dijo, ya sé que no podrás venir a vernos, pero no te apures, yo te cuento.

Lo más normal era que cada quien tuviera su juego, ¿no?

La Alicia y Abigail fueron las culpables, nunca me vieron con buenos ojos, o quien sabe, a veces la gente es así. ¿Oye Liz, ya te diste cuenta de cómo te ve el Robert?, lo traes de un ala; Liz, yo creo que el Robert es más galán que tu Antonio; pero Liz se enojaba y las mandaba al carajo: no tengo ojos más que para Antonio.

Antes del fin, un día llegó Liz y estaba muy triste, yo le pregunté ¿qué te pasa Licita?, pero ella nada, sólo estaba apachurrada. Le pregunté y le pregunté, pero nada, entonces dejé de preguntarle y soltó la sopa.

Me empezó a contar que una de sus primas, las que viven en Santa Clara, tenía su novio de la secun, pero después él se fue a la prepa y luego a la uni, pero su prima ya no, se puso a trabajar y fueron novios todo ese tiempo; él le mandaba cartas primero diario, luego cada semana, luego cada quince días. Siempre le traía regalos de la capital, se desvivía por ella cada que venía; pero ahora que va a la uni, poco a poco dejó de recibir cartas, que de por sí ya llegaban cada dos meses. Él llegó de la uni y no fue a verla como siempre, sino hasta el tercer día; y el fin de semana pasado terminaron; ella no sabe qué hacer, no se levanta, no quiere ir a trabajar, no quiere hacer nada.

Cuando hay algo fuerte, siempre me quedo frío; no sabía qué decir, ella me miraba fijamente. No te apures, ya se le pasará.

Las lágrimas asomaron a sus ojos y no quiso quedarse, se fue a su casa. Chale, pus ¿qué hice?

De ahí se agarraron la Alicia y la Abigail: ya viste lo que le pasó a tu prima, no seas pendeja, el Robert te conviene, él siempre va a estar aquí junto a ti, nunca te va a abandonar, además es el más galán de la empacadora; ya viste, se muere por ti.

Pues resulta que el Robert era el entrenador de básquet, lo supe el día que llegaron a la final, entonces les dije a los diablos: no puedo ir el trece, mi chava pasó a la final de zona y van contra la cervecera de San Juan: doce victorias, tres empates y una derrota.

Ya les dije a los de la bombonera —la cancha terregosa donde entrenábamos— que no voy a ir el domingo, que voy

a ir contigo. Ella se quedó fría, en silencio; bueno, si quieres, pero se van a enojar los diablos. Era cierto: si te vas te suspendemos tres partidos, me dijo el entrenador. Pues órale, les dije, pero ya ven que no puedo. Pus si no vienes ya no regreses sino hasta el otro mes dijeron a coro. ¡Ay!, no mamen; les dije y me fui. Pero era neta, llegué el otro domingo y a la banca, y el otro igual y, de hecho, no volví a jugar.

Pasé por ella a las nueve, fuimos caminando hasta el jardín, ahí nos estaba esperando una camioneta de la cooperativa; la Alicia y la Abigail se me quedaron viendo como bicho raro. ¡Ah!, hola, dijeron y después les comió la lengua el ratón. Liz iba seria y se sentó en su mochila; la camioneta de redilas salió y empecé a sentirme incómodo.

Cuando bajamos el entrenador ayudó a bajar a las jugadoras, cada quien agarró su mochila y nos dispusimos a entrar al gimnasio. Cuando de la nada lo soltó: ¿no me vas a presentar a tu amiguito?, sólo alcancé a escuchar un sssssssshhhhh; ella se puso roja, roja y dijo: este, sí, ¿cómo no? Robert, Antonio, dirigiéndose a mí, y luego Antonio, Robert; agarró su mochila y se nos quedó viendo, yo extendí la mano, pero Robert la movió con el puño cerrado, ¿serás de la porra oficial?, dijo y se fue.

Perdieron. No volví a ver otro de sus juegos; el siguiente miércoles llegó y me dijo: ya no quiero ser tu novia y empezó a llorar, sé que serás un buen hombre, siempre lo has sido conmigo, pero irás a la escuela, terminarás tus estudios y encontrarás una buena mujer que estará contigo por siempre.

No es cierto, no es cierto, no te creo, todavía me quieres, como yo, que nunca dejaré de amarte.

*Diciembre me gustó pa que te largues, que sea tu cruel adiós mi navidad;* y no comencé el año nuevo con ese mis-

mo amor que me hizo tanto mal. Las fiestas decembrinas fueron un martirio. Si no fuera por el ponche y el tequila, otra sería la historia. Nunca aprendí a sacar el dolor, a curar el alma; todo me lo tragué, estaba en la boca del estómago, en los huesos, en la sangre, en las lágrimas.

*La pena que traigo ni Dios la sabe*, pero el Jorge y el Juan sí, ellos me acompañaban esas noches de tormenta, cuando dejaba el vaso de tequila y me agachaba sobre las rodillas; el dolor me quemaba por dentro, me consumía.

Ellos en silencio me esperaban, yo enjugaba las lágrimas y me levantaba quebrado: *pa variar un poco, tóquenme la misma, esa que me llega hasta el corazón*.

Y entonces ellos empezaban, a coro: *Cuánto tiempo busqué tu cariño y anduve borracho, borracho perdido, de tanto quererte; yo recuerdo que estaba chiquillo y no iba a la escuela porque no aguantaba seis horas sin verte*.

Dejé de ir a la escuela, empecé a reprobar, todo me salía mal. Los domingos todavía me echaba un trago a las doce, cuando empezaba el partido. Regresé mi playera roja con el número 10, nunca más los vi jugar.

Liz y Robert se casaron un sábado, ya era primavera. Estábamos echándonos unas chelas en la tienda de Tobías, cuando pasaron la Alicia y la Abigail, pomposas. Parece que van a una boda, dije. Todos guardaron silencio; apuré mi *Victoria* y pregunté con gran ingenuidad, ¿quién se casa?

Liz, dijo el Juan.

Me levanté y me fui a mi casa, me dejé caer en un viejo sillón de mimbre. Fue una noche larga y el otro día también.

Tuvieron una hija, preciosa. Un día encontré a Liz en la calle, iban las dos, se detuvo y se puso roja, sus ojos se humedecieron: ay, Antonio, ¿cómo estás?

Bien, dije, qué hermosa niña. No volví a verla.

Esa Semana Santa fueron a Vallarta, él regresó muerto, se ahogó en el mar.

Entonces lo vi con claridad: si yo hubiera sido el padre de Alejandra, su hija, estaría muerto, con esa sal de mar en la garganta que no se me quita nunca.

## Romperemos un pilar, para ver a doña Blanca

*Para mi hermano Andrés*

**Y**a había pasado una semana desde que le dije a doña Blanca que si quería ser mi novia y nada de nada; bueno, ella me había dicho: ¡ay, sí cómo no! Y se empezó a reír, pero cuando me vio en silencio, dijo: ¿de verdad, en serio?; yo sólo moví mi cabecita afirmativamente y ella dijo: ¡zaz, ya vas!

Ya teníamos rato saliendo, bueno, encontrándonos en los bailes y en los eventos del municipio; a veces llevaban música el día de la Bandera, de Benito Juárez, de Miguel Hidalgo, el día de las madres, del padre, hasta el cumple del mero mero preciso.

La fiesta del pueblo había sido tres meses atrás, pero desde antes ya andábamos, bueno, nos veíamos con el Marco, el Pepeluis, la Teresa, Estefanía, y los otros, los cuates de la cuadra.

Ellos ya se habían dado cuenta que de pronto yo tomaba la mano de Blanca y le susurraba al oído cosas; creían que

ya éramos novios, pero en realidad yo le decía: *doña Blanca está cubierta de pilares de oro y plata, romperemos un pilar para ver a doña Blanca*. Ella se reía y yo empezaba a mezclar los juegos: *jugaremos en el bosque mientras doña Blanca no está, pues si la doña aparece a todos nos comerá*. O bien *amo a doña Blanca matarili rili ron*.

Pero a una semana de novios aún no había podido darle un beso.

Pues así es, a veces uno no sabe y nada más; pero un día fuimos al río, y yo que me la llevé al río pensando que era *mozuela*... Eran los juegos de la primavera y se adornan las canoas, ya había poca gente como a eso de las seis, el sol se estaba poniendo y el cielo tomaba un colorcito amarillo-anaranjado que se iba tornando en rojo, entonces, sucedió...

Estábamos viendo el horizonte y de tener en mi mano su mano, mi mano pasó a tener su cintura, se juntaron nuestros cuerpos y puso su mejilla en la mía; eso es bonito, tener una piel tibia junto a la tuya. Nadie decía nada, por un momento mi cabecita se apagó, dejé de pensar, sólo entraban los colores por mis ojos y el calorcito de su cachete por el mío.

Cuando el sol se fue, volteamos y nos quedamos viendo a los ojos, siempre en silencio; poco a poco se acercaron nuestras bocas y los labios quedaron juntos, pude sentir la suavidad de sus labios en los míos, recorrí sus labios con mi boca cerrada, de un lado a otro, lentamente, después abrí un poco y acaricié su labio de abajo, ella abrió ligeramente su boca y su tibieza se fundió con la mía: el primer beso sabe a miel, pero no cualquiera, esa miel que los chupamirtos sacan de las florecitas rojas o de plano la miel del desierto que las abejas juntan quién sabe cómo.

Nos dimos un beso largo y de pronto me empecé a quedar sin aire, y es que, como en todo, tomar aire en un beso tiene su chiste. Me separé para respirar y ya repuesto, va de nuez, mis labios buscaron los suyos. Mienten quienes dicen que ninguno como el primero, éste fue mejor y los que siguen más, aunque es cierto, el primero es el primero y no se olvida.

Con la noche, regresamos caminando, tomados de la mano; ella vivía en la última frontera, bueno estaba la carretera, pero después nada, del otro lado los cultivos, el monte.

Una vez, cuando todavía no le había dicho nada, le llevé serenata. Su primo me dijo: ella duerme en esa ventana, la que da a la carretera, y fuimos, su primo, Quiquito y yo. Aún salen de mi guitarra esos acordes: *Siempre soñé que tú vendrías a mí y hoy que es así me siento tan feliz, creo estar soñando...*

Pero esa noche nadie abrió la ventana, qué hacemos pregunté; pues otra dijo Quiquito, y le seguimos: *Magia blanca tú tienes me has embrujado a mí...* Pero nada, su primo dijo: si no sale a la tercera, es que nada de nada; y llegó la tercera y nada, regresamos en silencio por la calle de tierra; a lo lejos se oía el motor de un trailer que se acercaba, pasó por la carretera junto a su ventana, seguro que sí escuchó eso, me dije, pero los cuates no hallaban qué decir.

Gracias por la serenata, me dijo el otro sábado, me gustó mucho, no pude salir porque se me torció el pie; pero no era cierto, su primo me había dicho al otro día: le cantaste a la suegra, ella no estaba, se fue unos días con sus tíos del centro. Entonces dejé de sentirme miserable y estúpido.

Pero ahora es distinto, la he dejado a unos pasos de su casa, la carretera está desierta y mi calle de tierra es otra, más alegre, hasta los perros están contentos; vengo caminando y a lo lejos se ve la luz de la única lámpara de la cua-

dra, ahí están Juanga, el Marco, Pepeluis, Quiquito y Rubén, juegan cartas, como siempre a esta hora, el conquián y el *pókar* se alternan; yo los veo, ya soy otro, llego tarde y a veces me dan chance. Otras están las revanchas y no hay forma, me vuelvo de palo, como deben ser los mirones. Así avanza la noche, la una o las dos, me voy a dormir en estos días de tregua.

Nunca pensé que me hechizaría el reloj, de una parte a esta fecha se ha vuelto indispensable, yo no tengo uno, pero veo el que está en la casa, una caja y en la parte superior un cuadro con un arreglo de flores de plástico con popotitos que antes se iluminaban de colores, ahora ni se iluminan ni dan vueltas, sólo sirve el reloj. Lo veo como avanza, es muy lento, nos hemos quedado de ver a las siete, apenas oscureciendo, pero el reloj está casi parado; me he lavado la cara, me he peinado, me he puesto la camisa limpia y estoy listo desde hace media hora, pero el reloj está en suspenso, se ha detenido a las seis y media.

Salgo a la calle, lo perros se han levantado y andan tras una perra pequinés, todavía hay luz, por eso los cuates no han salido; bueno, estuvieron afuera todo el día, apenas se metieron a comer, saldrán después de las ocho.

Camino despacio, como quien no quiere la cosa, voy por la calle, mi calle de tierra que en los días de lluvia concentra unos charcos traicioneros donde se han quedado los camiones de refrescos y del gas; llego a la esquina y espero, faltan unos minutos, y sale, con sus pantalones de mezclilla ajustados, una blusa de colores y una chamarra doblada en las manos. Viene caminando, se ríe, llega y me da un beso, sus labios apenas han tocado los míos.

Vamos al jardín, al kiosco, al río; los sábados a un baile o toquín, y los domingos nos sentamos en la esquina. Aca-

ban de poner las guarniciones, dentro de seis años pondrán las banquetas y dentro de nueve el pavimento, ahora han puesto las guarniciones y nos sentamos en una.

Estamos llenos de palabras que de pronto salen, una tras otra se van atropellando, sin poder detenerlas poco a poco se desprenden e inundan mi calle; las palabras llenan las horas pero no queremos despedirnos, queremos seguir juntos, hasta que amanezca.

Estamos de pie, ya está oscuro, ella a punto de irse y mis labios buscan los suyos, entreabierta los espera su boca, el beso es intenso; no quiero separarme, mis manos acarician su espalda, su cintura, su cadera, entran debajo de su chamarra, buscan, encuentran sus senos duros, sus pezones levantados, ella se hace hacia atrás, mis manos regresan a su espalda y la aprisionan hacia mí, ella accede, un beso más y otro y otro, mis manos tímidas no volverán a sus senos, al menos en semanas.

Cada tercer día va a ensayar en el grupo de danza de la casa de cultura, yo la espero a la salida, a las ocho; venimos abrazados, toda la calle es nuestra, media hora de andar pausado. Llegamos a la cuadra, saludamos a doña Clara que viene del pan, a don Pedro, el de la tienda, a la Tencha y Juanga que están en su zaguán, el de ella, claro; a Marco y Pepeluis, Quiquito y Rubén, que están jugando cartas en parejas; llegamos a la esquina a unos pasos de su casa, nos abrazamos en silencio.

Hoy no hubo ensayo, el grupo de danza se presentó en el ayuntamiento, es la fiesta de san Patricio, su madre se ha tenido que ir temprano con sus hijos pequeños. A lo lejos los truenos presagiaban tormenta, pero poco a poco se ha alejado; ella trae la cara llena de maquillaje, se ve guapa, hermosa, le doy un beso pero se queda el bilé de sus labios en los míos; reímos, saca un pedazo de papel y me limpia; venimos

abrazados por la calle, los árboles han unido sus ramas sobre nuestras cabezas, frondosos.

Llegamos a nuestra cuadra, saludamos a todos; ya huele a mole, dice doña Clara, nos reímos. Ah, pues pue' que vaya a ser cierto, dice ella; ándale pues, dice doña Clara que ha ido a la tienda por azúcar.

Llegamos a nuestro lugar, a unos pasos de su casa, en la equina de mi calle y la carretera; saca un pedazo de papel y se quita el maquillaje, lo más que puede; me dice que los han invitado a bailar en la fiesta de santa Catarina, el día del músico; le digo que a toda la gente le gusta el baile, bueno, ver a los que bailan, se ríe, nos besamos.

Estamos de pie, me abraza la cintura y apoya su cabeza en mi hombro; con una mano frota su espalda y con la otra acaricio su cabello, nos apretamos fuerte. Levanta la cara y nos besamos, sus manos bajo la chamarra se meten debajo de mi playera; le beso la oreja, el cuello, mis manos bajo su chamarra han subido poco a poco su blusa, ella sube mi playera; luego desprende su brasier y lo levanta, frota sus senos con mi pecho, estoy paralizado, su piel tibia me eriza, la aprieto contra mi cuerpo, acaricio su espalda, sus caderas, sus nalgas. Mis labios buscan su cuello, bajan en medio de sus senos, con la punta de la lengua toco el pezón izquierdo, siente mi humedad, mi tibieza, mi sexo se levanta como guerrero dispuesto a luchar hasta el fin. Luego la punta de la lengua baja hacia el seno izquierdo y sube por el otro, llega al pezón que espera lo propio, pero mi boca se pega y chupa, primero suavemente, después golosa, con fuerza; va de un pezón a otro, en medio de los senos, el cuello, la oreja, la boca.

Aprieto su cuerpo contra el mío, ella me acaricia la espalda, la cadera, las nalgas, las jala hacia su cuerpo; mi pene, duro, caliente está aprisionado, ella aprieta más y

empieza a mover su cadera, suavemente, en círculos; mis manos aprietan sus nalgas y me muevo con ella, beso su cuello, su oreja, ella suspira, gime...

Sus senos redondos, duros, calientes, están en mi pecho, se frotan; mis manos aprietan sus nalgas redondas, duras. Se mueve y tiembla... ay, ay, ay... Gerardo, Gerardo, Gerardo... dice y se aprieta duro, una humedad caliente inunda mi entrepierna. Luego el silencio, nuestros cuerpos se detienen uno del otro.

Quiero hacer el amor contigo, le digo, ella guarda silencio, es otro día, estamos sentados, tomados de la mano, ella se ríe, no dice nada, ahora no sé qué decir, parece que lo tenía todo calculado, si me decía tal o cual cosa, pero no estaba preparado para su silencio; quiero hacer el amor contigo, bien, con calma, paso a paso, que nadie nos vea, que estemos solos.

Tengo miedo, me dice, y qué hacer con el miedo, yo también quiero; que nuestros cuerpos estén juntos, suavemente, con calma, pero tengo miedo.

En nuestro pueblo no hay hoteles, hay que ir lejos y son caros, pero ella no quiere oír nada de hoteles. ¿Y si me embarazo?, dice otro día y me saco de onda. Le digo que no se preocupe, que la quiero mucho y que con ella todo, me cai que sí me caso con ella. De cualquier manera pienso que lo mejor es llevarlo con calma y me dedico a conseguir un condón, creo que es lo mejor.

Así que un día llego a la farmacia dispuesto a todo, sólo hay que pedirlo y ya, he visto en la tele *Zico, Troya y Diurex*, así que pediré en ese orden, qué más; pero me recibe doña Micaela, prima del de la tienda: Gerardito, cómo estás, qué se te ofrece, y tu mamá, cómo ha estado. Salgo con mis pastillas vick en la bolsa del pantalón. Tengo que ir más le-

jos, me digo, y voy; es la botica, que está del otro lado del pueblo. Aquí seguro, toco el mostrador como si de veras, pero sale una muchacha que se me hace conocida, es Lucía, fue conmigo en la secun el año pasado, salgo con otras pastillas vick. No quería, pero entonces le digo a Quiquito, ¿para qué lo quieres?, me pregunta, se me queda viendo y se ríe. No me digas... y me trae unos Diurex amarillos sabor plátano. ¡Ay no mames!, le digo. Pus no sé nada, me preguntaron y preguntaron y yo me dije pus a lo mejor de esos.

Ya tengo un condón, le digo, estamos en nuestra calle sentados, tomados de la mano. Ella dice: no te creo. Sí, de verdad. A ver. Lo saco y se queda en silencio.

No quiere hablar de eso, no quiere oír la palabra hotel o baño público. No quiero, no quiero. Bueno, sí pero en otro lugar, me dice, otro día nos vemos temprano. Salimos a mediodía, vamos caminando al campo, la milpa está creciendo, tendrá un metro si acaso, es suficiente, pero nos pueden ver entrar o salir, por eso caminamos más, un poco más allá hay árboles: ya llevamos mucho, alguna gente viene con leña, hay árboles cierto, pero poca yerba, nada le gusta, regresamos caminando a media tarde, en silencio. Ya tengo hambre, me dice, apuramos el paso.

Hemos hecho cinco excursiones como ésta, todas terminan igual, ningún lugar le gusta. Estamos sentados en la guarnición, nuestro lugar desde hace meses, muchos meses; no se me ocurre nada, tengo la vista clavada en el piso y ella me acaricia la cabeza. No hay nadie en mi casa, me dice, se fueron a un cumpleaños y regresan a las once. Se levanta y me lleva de la mano, yo voy temblando y en silencio, toco mi cartera en la bolsa del pantalón, ahí lo trai-

go, nunca he usado un condón, no sé como se usa, parece fácil pero tendrá su chiste, ¿no?

Por supuesto, todo tiene su chiste, cuando me lo quiero poner no se puede. Primero un pedo para abrirlo y luego lo pongo pero no baja; está oscuro, no quisimos prender la luz; le doy vuelta y trato de desenredarlo así una y otra vez. Si no se puede déjalo, me dice y me jala del brazo. Se tiene que poder, digo, ya casi está, tarda un poco más pero queda...

Pero si me puse el condón, ¿cómo chingados se embarazó? no sé qué hacer, nunca sé qué hacer, menos ahora que hemos ido por sus resultados y dice positivo. Pienso en mi madre, se pondrá a llorar como ella aquí que me dice, ¿Gerardo, qué hacemos?, todo va a salir bien le digo y pienso en mi padre, la abrazo y los dos temblamos. ¿Cómo volver el tiempo atrás?

## Índice

|                                            |     |
|--------------------------------------------|-----|
| El <i>Coquitox</i>                         | 9   |
| No soy pelón, soy de nuevo ingreso         | 15  |
| Cuando el segundo era el primero           | 25  |
| Un día en el Ajusco                        | 35  |
| El maestro Mestli                          | 41  |
| Yo sí le pasé                              | 49  |
| El último café no se termina               | 57  |
| La curp                                    | 63  |
| Cooperen pa' la causa                      | 69  |
| Genéricas intercambiables                  | 75  |
| En blanco, como las agujetas               | 81  |
| Angelita                                   | 87  |
| Ina y mi abuelo                            | 91  |
| Abuela, seguimos vivos                     | 103 |
| No me llamo <i>Salinas</i>                 | 109 |
| Aprendí a leer en La Habana                | 113 |
| Un poco de sal de mar                      | 119 |
| Romperemos un pilar para ver a doña Blanca | 125 |

estuvo a cargo de  
**Ediciones Molino de Letras**  
y se imprimió en el mes de diciembre de 2006 en  
Transformadora de Papel Texcoco, S.A. de C.V.  
Calle 2 de Marzo núm. 307, 1er. Piso,  
Col. San Juan de Dios, Texcoco, Méx.,  
con un tiraje de 1000 ejemplares.